

punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO



Francisco Javier de la Torre Cordero (Pinchi Negro) (Guadalupe, Zacatecas, 1988). Licenciado en Artes Visuales por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Su trabajo incluye fotografía, dibujo, pintura, pirograbado, pluma 3D e ilustración digital. Obra suya se ha publicado en *La Gualdra de La Jornada Zacatecas* y *El Sol de Zacatecas*, así como en títulos editados por Mejorana, Texere y Taberna Librería. Ha participado en varias exposiciones colectivas y en 2018 presentó su exposición individual *De la anomalía, la vanidad y el sujeto* en el café/galería 9 Vidas Coffee Art de Zacatecas.



PORTADA: tinta/papel, 28 × 21 cm, 2017



CONTRAPORTADA: tinta/papel, 28 × 21 cm, 2018

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Óscar / Amparo Dávila	8
JÓVENES ESCRITORES ZACATECANOS (1983-1997)	14
18 maneras de interrogar el mundo. Jóvenes escritores zacatecanos / Maritza M. Buendía	16
Roberto Ixtlahuaca (Poesía)	22
David Castañeda Álvarez (Poesía)	24
Óscar Édgar López (Poesía)	28
Mayola Cruz Flores (Poesía)	30
Yamilet Fajardo (Poesía)	33
Karen Salazar (Poesía)	36
Ezequiel Carlos Campos (Poesía)	39
Josafat Guadalupe Gaytán García (Poesía)	42
Sonia Ibarra Valdez (Cuento)	46
Joselo G. Ramos (Cuento)	49
Irene Ruvalcaba (Cuento)	52
Eduardo S. Rocha (Cuento)	54
Jesús Gibrán Alvarado Torres (Cuento)	56
Sara Andrade (Cuento)	57
Luis Vital (Cuento)	60
Diana Isis del Hoyo Cortés (Cuento)	63
Nathalie Fabela Enríquez (Cuento)	64
Lizeth Alcantar (Cuento)	71
XIV Y XV CONCURSO DE CRÍTICA TEATRAL <i>CRITICÓN</i> / TEATRO UNAM	74
140: una actualización hacia el teatro 2.0 / Luis Javier Maciel Paniagua	76
Los silencios que nos faltan / Melissa Mariana González Caamal	78

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura

punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 213, enero-febrero 2019
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Eduardo Cerdán
Lectura de pruebas: Gabriela Ardila Chausse
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Passarge
Ilustración: Francisco Javier de la Torre (Pinchi Necro)
Impresión en offset: Offset Rebosán S.A. de C.V.
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan
Ciudad de México, 14370

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510. Tel.: 56 22 62 01 Fax: 56 22 62 43 correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com www.puntodepartida.unam.mx www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Llegamos a 2019 con este número dedicado a la nueva literatura de Zacatecas, que se suma al compendio presentado en muestras previas a manera de revisión de la nueva literatura en los estados del centro-norte del país —Guanajuato, Querétaro y San Luis Potosí; queda pendiente el estado de Aguascalientes—. La muestra, antologada por la narradora y académica Maritza M. Buendía, está amadrinada por un espléndido cuento de la zacatecana Amparo Dávila. A ella y a su hija Luisa Jaina Coronel Dávila agradecemos la autorización generosa para publicar “Óscar”, incluido en sus *Cuentos reunidos* editados por el Fondo de Cultura Económica en 2009. Además de su pertinencia como antecedente directo de los autores compilados aquí, el trabajo de Dávila es un verdadero regalo a nuestros lectores, jóvenes universitarios.

Buendía presenta con rigor este amplio *dossier*, en cuyo prólogo despliega un panorama general de la nueva literatura en su estado natal. Con ánimo plural, ha seleccionado a dieciocho autores: nueve mujeres y nueve hombres nacidos en los años ochenta y noventa del siglo pasado; diez narradores y ocho poetas. Hay, en buena parte de su elección, un tanto de apuesta por nuevas voces; de hecho, tres de los escritores reunidos —Josafat Gaytán, Lizeth Alcantar y Luis Vital— publican por primera vez en este número. Todos los incluidos viven y trabajan en el estado; todos, menos uno, son egresados o estudiantes de la licenciatura en Letras. Los motivos y estilos son variados, aunque se perfila una decantación por lo sobrenatural, fantástico u onírico en varios de ellos. En fin, que a decir de Buendía, estos autores “asumen con inteligencia sus deudas literarias sin que eso les impida fluir en su propia espontaneidad”. Genealogía que la misma antóloga detalla en su ensayo de presentación.

En cuanto a la imagen, los textos están acompañados por un portafolio de dibujos a tinta del artista visual Fran-

cisco Javier de la Torre, quien firma como Pinchi Necro, y que fue recomendado por Jánea Estrada, directora del suplemento cultural *La Gualdra*, y Sofía Gamboa, docente en la Universidad Autónoma de Zacatecas. A ambas agradecemos habernos presentado el trabajo de este joven artista cuya obra discurre por estas páginas a manera de contrapunto. Además, el número se complementa con el *dossier* de reseñas ganadoras en las dos ediciones más recientes del Concurso de Crítica Teatral *Criticón*, convocado por la Dirección de Teatro UNAM.

Como muchos de nuestros lectores sabrán, *Punto de partida* cierra con esta edición un ciclo que se extendió durante cien números diseñados en su mayoría por María Luisa Passarge —aprovecho para reconocer su espléndido trabajo—. A partir de la siguiente edición, la revista será producida por un equipo de jóvenes universitarios seleccionado mediante la convocatoria Partir del Punto, que lanzamos el pasado mes de octubre y que cierra, precisamente, en este mes de enero. Así, la Dirección de Literatura suma esfuerzos con otras dependencias de la UNAM —*Revista de la Universidad de México* y Piso 16. Laboratorio de Iniciativas Culturales— en una apuesta por la renovación. Esta iniciativa busca que nuestro emblema, “La revista de los estudiantes universitarios”, adquiera una nueva significación: los universitarios no sólo serán parte primordial de los lectores y autores de esta publicación, sino que también formarán parte de su hechura. Así, pretendemos contribuir a la formación de jóvenes interesados en el trabajo editorial y acercar a más estudiantes a la producción literaria de hoy. Invitamos a nuestros lectores a acompañarnos en esta nueva empresa de CulturaUNAM.

Feliz 2019. 📧

Carmina Estrada

Óscar

Amparo Dávila

La joven dio la contraseña al empleado y esperó pacientemente a que le entregaran su equipaje. Se sentó en una banca y encendió un cigarrillo, tal vez el último que iba a fumar durante el tiempo que pasara con su familia. Sus ojos revisaban cuidadosamente el local tratando de descubrir si, en esos años de ausencia, había habido algún cambio. Pero todo estaba igual. Sólo ella había cambiado, y bastante. Recordó cómo iba arreglada cuando se fue a la capital: el vestido largo y holgado, la cara lavada y con su cola de caballo, zapatos bajos y medias de algodón... Ahora traía un bonito suéter negro, una falda bien cortada y angosta, pegada al cuerpo, zapatillas negras y gabardina beige; pintada con discreción y peinada a la moda, era una muchacha atractiva, guapa, ella lo sabía; es decir, lo fue descubriendo a medida que aprendió a vestirse y a arreglarse... El empleado le llevó sus dos maletas y le dijo:

—Si usted quiere, el coche del correo la puede llevar al pueblo, sólo cobra dos pesos, porque el camión tarda mucho en pasar.

La muchacha tomó asiento junto al gordo chofer del correo y le dio la dirección de su casa.

—¿A la casa de don Carlos Román? —preguntó sonriente el chofer—. Yo toco con él en la banda municipal los domingos en la tarde, y después lo acompaño hasta su casa. Si me permite, voy a detenerme en el correo a dejar el saco de la correspondencia. No me tardo nada.

El hombre entró a la oficina de correos con el saco de la correspondencia casi vacío. Ella pudo ver desde allí la vieja parroquia del pueblo con sus esbeltas torres, la Plaza de Armas con su quiosco y sus bancas de fie-

rrero y, al lado de la parroquia, la notaría de su padre. Sin duda estaba ahora inclinado sobre algún papel de oficio, escribiendo con pluma de manguillo sus letras tan bonitas y uniformes.

La muchacha pagó al chofer los dos pesos convenidos y se quedó un momento, antes de decidirse a tocar, contemplando la casa del notario, su propia casa. Viniendo de la capital parecía pequeña y modesta, pero allí era una buena casa pues tenía dos pisos y un sótano, cualidades raras en el pueblo. La pintura se veía maltratada, las ventanas y la puerta descoloridas, sin duda hacía tiempo que no se preocupaban por la casa. Tocó por fin la puerta y esperó, mientras el corazón le latía apresuradamente.

—¡Mónica! —gritó al verla Cristina y la estrechó cariñosamente. Los pasos de alguien que llegaba las hicieron separarse, y Mónica corrió a abrazar a su madre, a aquella mujercita flaca, de rostro ceniciento y ojos hundidos y sin brillo. Al abrazarla, Mónica se dio cuenta de la extrema delgadez de la mujer, de su rostro tan marchito y acabado, y se apretó a ella con ternura y dolor.

—¡Qué bueno que regresaste, hija! —decía la madre mientras se limpiaba una lágrima.

—¿Y papá? ¿Y Carlos?

—Papá está en la notaría, y Carlos sigue en la escuela. Ahora tiene a los niños de quinto.

—¿Y... Óscar...?

—Como siempre —dijo lacónicamente la mujer y suspiró. Su rostro parecía en ese momento más ceniciento y sus ojos más hundidos.

Al entrar a la recámara que había compartido con Cristina durante tantos años, Mónica sintió remordimien-

tos y dolor de haber dejado a su hermana languideciendo, consumiéndose en aquel encierro, y no habérsela llevado con ella cuando se fue a la capital. La habitación estaba igual: las dos camas de latón con sus colchas tejidas de hilaza blanca, nítidas y estiradas, como acabadas de poner; el viejo ropero de madera de ojo de pájaro que ellas habían heredado de la abuela; el tocador con su plancha de mármol, y el aguamanil y la jarra de porcelana; el buró con su candelero dorado y su vela lista para ser encendida, y el florero con jazmines que Cristina había cortado para recibirla sabiendo cuánto le gustaba su perfume.

—Cristina, hermana, ¿cómo te he extrañado, no sabes cuánto! —y era sincera Mónica. En ese momento supo claramente que había extrañado a Cristina más que a nadie: la familia, la casa, el pueblo, todo era Cristina: esbelta, pálida, callada siempre, hacendosa y sufrida, resignada.

—Y yo, ¿no te puedes imaginar, cuánto! —y sus ojos se empañaron—, sólo me consolaba pensando que volverías, pero ¿te vas a quedar?, ¿no te vas a volver a ir?

—Ya platicaremos, Cristina.

—Tienes razón. Voy a ayudar a mamá a terminar de hacer la comida, descansa un poco, te ves fatigada.

Mónica se miró en el espejo del tocador-lavabo. Tenía razón Cristina, se veía fatigada y lo estaba. El temor a enfrentarse con todos los de la familia la había puesto muy nerviosa y tensa. Pero era preciso correr el riesgo porque necesitaba mucho el afecto y la cercanía de los suyos. Empezó a sacar la ropa de las maletas y a colgar sus vestidos en el viejo ropero, al lado de los de Cristina. Aquellas prendas allí colgadas, unas al lado de otras, hablaban claramente de las dos mujeres que las usaban y del medio en que se movían.

Como a las dos de la tarde llegaron el padre y el hermano. El recibimiento fue cortés, pero frío. Mónica no había esperado nada distinto. Inmediatamente después de lavarse las manos se sentaron a la mesa. El padre rezó una breve oración, como acostumbraba hacerlo, y comenzaron a comer. Qué buena le supo a Mónica la comida de su casa, hecha con tanto cuidado y esmero por su madre. Poco se hablaba durante las comidas, al padre le molestaba y lo ponía de mal humor. Mónica lo obser-

vaba de reojo, en realidad casi no había cambiado, tal vez estaba algo más grueso y más calvo, pero continuaba igual de callado y metódico, de bueno y ordenado; con su servilleta puesta desde el cuello seguía sorbiendo la sopa, como siempre lo había hecho. En la otra cabecera de la mesa la madre servía la comida en silencio. “Ella no sólo ha cambiado —se dijo Mónica—, se acabó por completo.” Enflaquecida en extremo, con la cara afilada y cenicienta y los ojos hundidos y sin brillo, más que un ser humano parecía una sombra dolorosa. Cristina, agobiada por el silencio, la soledad y la desesperanza, era una joven vieja, una flor marchita. Y Carlos, abstraído, encerrado en sí mismo, se veía más grande, representaba más edad que la que tenía. Mónica sintió una gran ternura y mucho dolor por todos ellos y gusto también por haber regresado. Un ruido, como de trastos que caen por el suelo, hizo estremecer a Mónica. Los demás se miraron sin asombro.

—Ya debe de haber terminado de comer —dijo la madre levantándose de la mesa. Salió apresuradamente y desapareció por la puerta que conducía al sótano. A los cuantos minutos regresó trayendo una charola con pedazos de platos y vasos. Jadeaba un poco y su rostro tenía un leve color.

—Está muy nervioso, creo que es por... —y sus ojos se fijaron en Mónica—. Deberías darle algo, papá.

El padre terminó de comer rápidamente, se limpió la boca con la servilleta, sirvió un poco de agua en un vaso y se dirigió al sótano. El hermano se levantó de la mesa, cogió unos libros y se marchó.

Al día siguiente de su llegada Mónica comenzó a hacer la parte de los quehaceres de la casa que le correspondía, como antes de que se marchara para la capital. La misma rutina de siempre: a las seis y media de la mañana se levantaban; la madre daba de comer a los pájaros y limpiaba las jaulas; las dos hermanas ponían la mesa del comedor y preparaban el desayuno, y a las ocho se sentaban todos a la mesa. Pero antes se le llevaba el desayuno a Óscar porque pasaba el día de muy mal humor si no era atendido primero y él, desde el sótano, tenía gran conocimiento de los ruidos de la casa y de las horas; sabía cuándo se levantaban, cuándo entraban a la cocina, cuándo salían, todo. A las ocho y media

se iba Carlos a la escuela y el padre, un poco más tarde, a abrir la notaría. Entonces las tres mujeres limpiaban la casa cuidadosamente. Cristina se encargaba de arreglar la cocina y de lavar la loza, la madre sacudía la sala y el comedor y Mónica se dedicaba a las recámaras y al baño. Mientras la madre salía a hacer la compra para la comida, las muchachas barrían y trapeaban el patio y el zaguán. Después, cuando la mujer regresaba con el mandado, Cristina le ayudaba a preparar la comida y a arreglar la mesa y Mónica lavaba la ropa sucia. En aquella casa siempre había algo que hacer: al terminar de comer se levantaban la mesa y la cocina, se remendaba y planchaba la ropa, y sólo después de la cena, cuando ya todo estaba recogido y acomodado, y el padre se ponía a estudiar en el violonchelo las piezas que se tocaban en la serenata de los domingos y el hermano corregía los trabajos de sus alumnos, las tres mujeres hacían alguna labor de tejido o de bordado.

Desde el sótano, Óscar manejaba la vida de aquellas gentes. Así había sido siempre, así continuaría siendo. Comía primero que nadie y no permitía que nadie probara la comida antes que él. Lo sabía todo, lo veía todo. Movía la puerta de fierro del sótano con furia, y gritaba cuando algo no le parecía. Por las noches les indicaba con ruidos y señales de protesta cuando ya quería que se acostaran, y muchas veces también la hora de levantarse. Comía mucho, con voracidad y sin gusto, con las manos, grotescamente. A la menor cosa que le incomodaba aventaba los platos con todo y comida, se golpeaba contra las paredes y cernía la puerta. Raras veces permanecía silencioso, siempre estaba monologando entre dientes palabras incomprensibles. Cuando todos se habían retirado a sus habitaciones Óscar salía del sótano. Sacaba entonces el agua del pozo y regaba las macetas cuidadosamente y, si estaba enojado, las rompía estrellándolas contra el piso; pero el día siguiente había que reponer todas las macetas rotas, pues él no soportaba que disminuyeran, siempre tenía que haber el mismo número de macetas. Cuando terminaba de regar las macetas entraba a la casa y subía la escalera que conducía a las habitaciones. Hacia la medianoche se escuchaba el crujir de la vieja madera de la escalera bajo el tremendo peso de Óscar. A veces abría la puerta de una

de las recámaras y tan sólo se asomaba, volvía a cerrar la puerta y se regresaba al sótano. Pero otras veces entraba a todos los cuartos y se acercaba hasta las camas y allí se quedaba un rato, inmóvil, observando, y sólo su brusca y fuerte respiración rompía el silencio de la noche. Nadie se movía entonces, todos permanecían rígidos y paralizados ante su presencia, pues con Óscar nunca se sabía qué podía suceder. Después, en silencio, salía de la habitación, bajaba pesadamente la escalera y entraba al sótano a acostarse. En aquella casa nadie había dormido jamás tranquila ni normalmente, su sueño era ligero, atento siempre al menor ruido. Pero nadie se quejaba nunca, resignados ante lo irremediable, aceptaban su cruel destino y lo padecían en silencio. En los días de luna llena Óscar aullaba como un lobo todo el tiempo del plenilunio y se negaba a comer.

Podía decirse que la familia Román era una de las familias más acomodadas del pueblo: tenían casa propia y grande, una notaría, un hijo maestro de escuela y, sin embargo, apenas les alcanzaba el dinero que el padre y el hijo ganaban para solventar los gastos de aquella casa; es decir, los muchos gastos que originaba Óscar. Con bastante frecuencia había que reponer cinco, diez, muchas macetas, y ni qué decir de la loza, continuamente se compraban platos, tazas, vasos, y además la ropa que desgarraba y hacía jirones: camisas, pantalones, sábanas, colchas, cobertores; también destrozaba sillas y muebles y, agregado a todo esto, las medicinas que constantemente se le administraban y que eran bastante caras.

Contadas eran las visitas que se recibían en la casa del notario, tan sólo algunos familiares o amigos muy íntimos cuyas voces Óscar conocía muy bien, desde pequeño, los cuales iban muy de tiempo en tiempo a saludarlos y a tomar un chocolate mientras platicaban un rato a la caída de la tarde. Una persona desconocida nunca hubiera podido entrar en aquella casa, Óscar no lo hubiera soportado ni tolerado. Las mujeres sólo salían a lo indispensable: el mandado, las varias compras, la misa de los domingos y alguna vez entre semana al Rosario, algún pésame o entierro, algo verdaderamente muy especial, pues estas cosas lo excitaban sobremanera, él no admitía nada que rompiera o alterase el

ritmo y la rutina de su vida y de sus hábitos. Cuando ellas salían, el padre o el hermano se quedaban en la casa porque Óscar temía a la soledad hasta un punto increíble y conmovedor y, además, existía el peligro de que pudiera escaparse.

Mónica había perdido la costumbre de acostarse temprano y pasaba largas horas despierta escuchando la leve respiración de Cristina y pensando en tantas y tantas cosas, hasta que oía las sordas pisadas de Óscar. Entonces Mónica se quedaba muy quieta y cerraba los ojos para que él creyera que dormía. Óscar permanecía junto a su cama algunos minutos, que a Mónica le parecían interminables, eternos. Iba todas las noches a observarla, tal vez extrañado de verla de nuevo allí o queriendo cerciorarse de si era ella. Los años vividos en la ciudad la habían hecho olvidar aquella pesadilla que no terminaba nunca.

Ese día, 6 de agosto, Óscar había estado insoportable desde el amanecer. Una de las medicinas que tomaba, y que lo tranquilizaba bastante, se encontraba agotada y el médico la había suplido con otra, que no le surtía gran efecto. Durante horas había estado gritando, aullando, vociferando, rompiendo todo lo que tenía a su alcance en el sótano, moviendo con furia la puerta de fierro cerrada con candado, aventando los muebles contra ella. Había botado la charola del desayuno, la de la comida; no oía ni atendía a nadie. “Óscar está peor que nunca”, dijo la madre cuando llegaron a comer su marido y su hijo. “Yo no sé qué vamos a hacer —segufá diciendo la mujer y se apretaba las manos, agobiada por la angustia—, se ha negado a comer, lo ha roto todo...”

Sin decir una palabra más se sentaron a la mesa, entre aquel insoportable ruido y gritos y aullidos y carcajadas; abatidos por aquella tortura que les estrujaba el alma. La madre se limpiaba con los dedos las lágrimas que no lograba contener. Ni siquiera se escuchaba ahora el acostumbrado sonido que hacía el padre al sorber el caldo.

—Se ha negado a probar bocado, no quiso desayunar ni comer —volvió a decir la madre, como si no lo hubiera comentado ya cuando llegaron el notario y su hijo.

—Ha despedazado todo lo que ha podido —comentó Cristina.

—Creo que sería conveniente ir a avisarle al doctor del estado en que se encuentra —dijo Carlos.

La angustia había logrado romper aquel silencio que el padre había impuesto en las comidas, durante tantos años.

—si será prudente aumentarle la dosis

—pero... a lo mejor...

—¡qué hacer, Dios mío, qué hacer!

—yo creo que es efecto de la luna

—o de la canícula

—sólo Dios sabe, ¡sólo Dios sabe!

—ésta es la peor de las crisis

—tiene los ojos enrojecidos y como saltados

—se ha golpeado mucho y sangrado

—ha estado tratando de abrir el candado

—yo creo que la medicina lo ha puesto así

—a veces los médicos no saben ni qué recetan

—estaba tan calmado, tan bien

—ayer estuvo cantando, la misma canción todo el día y toda la noche, pero cantaba

—sí, pero anoche rompió todas las macetas

—¡ay Dios, mío, Dios mío!

—dicen que hay un yerbero en Agua Prieta que es muy bueno

—a veces son puros charlatanes que roban tiempo y dinero —intervino el padre—, yo creo que lo mejor será inyectarlo y que se duerma, ojalá y cuando despierte ya haya pasado la crisis, voy a preparar la jeringa —y se levantó de la mesa.

—Tengo miedo, papá —dijo la madre acercándose a su esposo y tomándolo de un brazo—, mucho miedo.

—Ya lo he inyectado en otras ocasiones y no ha pasado nada, tranquilízate, mujer, ten calma.

—Ya está lista la lámpara —dijo Carlos. Y los dos hombres bajaron al sótano. Las mujeres se quedaron allí, inmóviles y mudas, como tres estatuas.

Gritos inarticulados, ruidos de lucha, de golpes, de cuerpos que caen, gemidos, exclamaciones... De pronto todo cesó, sólo se oían las respiraciones jadeantes de los dos hombres, que bañados en sudor salían del sótano, agotados y maltrechos como si hubieran luchado con una fiera.

Aquel tremendo esfuerzo fue excesivo para el cansado corazón del notario, que se paró de pronto, al día siguiente, cuando se encontraba copiando una escritura en su Protocolo. Ya estaba muerto cuando lo llevaron a su casa. Lo velaron en la sala toda la noche. A pesar de ser un hombre tan querido y respetado en el pueblo, sólo pudieron asistir al velorio los pocos familiares y amigos que frecuentaban a los Román y cuyas voces Óscar conocía. El dolor de la familia fue enorme, destrozados por la pena permanecieron todo el tiempo junto a su muerto llorando en silencio. Al día siguiente fue el entierro después de la misa de cuerpo presente, y a la parroquia y al cementerio sí asistió todo el pueblo. Sus compañeros de la banda municipal lo despidieron tocándole sus vals favoritos: “Morir por tu amor” y “Tristes jardines”.

Desde ese día en que murió don Carlos Román empeoró la vida de aquellas gentes: la casa con sus crepones negros en la puerta y en las ventanas, las ventanas entrecerradas, las mujeres enlutadas, silenciosas, ensimismadas o ausentes, especialmente la madre que más que un ser vivo parecía un espíritu, una figura fantasmal o la sombra de otro cuerpo, y Carlos, cabizbajo, amordazado por la angustia y el sufrimiento, sabiéndose caminar en un callejón sin salida, acorralado, sin encontrar ni solución ni esperanza para aquel infortunio, que venían padeciendo y arrastrando penosamente a través de la vida. La fatalidad se imponía y eran sus víctimas, sus presas, no había salvación.

A la semana de haber muerto el notario, la madre cayó enferma. Un día no se levantó más aquella mujer que se había consumido por completo. Y ni siquiera el

médico podía entrar a la casa a recetarla, Óscar no lo hubiera permitido. Carlos le informaba diariamente cómo se encontraba su madre y compraba las medicinas que ordenaba. Pero todo esfuerzo era inútil, aquella vida se apagaba lentamente, sin una queja ni un lamento. Pasaba el día entero sumida en un profundo sopor, sin moverse, sin hablar, yéndose.

Pocos días vivió la madre, sólo un suspiro y nada más; ni estertores, ni convulsiones, ni estremecimientos, ni gritos de dolor, nada, solamente un suspiro y se fue a seguir al compañero con quien había compartido la vida y la desdicha. Fue velada en el mismo lugar donde lo había sido don Carlos, enterrada también junto a él. Esa noche, la del entierro, Óscar la pasó en la recámara vacía aullando y rechinando los dientes.

Siguieron pasando los días de aquel verano luminoso y perfumado, días largos, noches interminables, los tres hermanos encerrados dentro de sí mismos, sin atreverse a hablar, a comunicarse, tan ensimismados y huecos como si los pensamientos y las palabras se les hubieran extraviado o se los hubieran llevado los que se fueron. Cada domingo, después de asistir a misa, Cristina y Mónica iban al cementerio a llevarles flores a sus queridos muertos. Carlos se quedaba en la casa cuidando a Óscar. Por la tarde se sentaban las dos hermanas a tejer junto a la ventana de la sala, y desde allí miraban pasar la vida, como los prisioneros a través de los barrotes de su celda. Carlos aparentaba leer y se mecía en la mecedora de bejuco, donde su padre dormía unas breves siestas antes de irse a tocar a las serenatas de la Plaza de Armas.

Immensa se veía la luna esa noche de plenilunio en agosto, había hecho bastante calor durante el día y con-

tinuaba aún en la noche, apenas si se soportaba una sábana sobre el cuerpo. Óscar aullaba como siempre lo hacía en las noches de luna llena y nadie lograba conciliar el sueño, aullaba y rompía macetas, subía y bajaba las escaleras, vociferaba, aullaba, gritaba, subía y bajaba... Agobiados por el calor que había aumentado fueron dejándose caer poco a poco en el sueño, en un sueño rojo, ardiente como una llamarada abrasadora, que los envolvía, hasta que llegó la tos, una tos seca y obstinada que los despertó. Con ojos desorbitados contemplaron las lenguas de fuego que llegaban ya hasta las habitaciones subiendo desde la planta baja, y el humo denso y asfixiante que los hacía toser, llorar, toser, y los aullidos de Óscar, que estaba sin duda abajo en el sótano, aullidos y carcajadas, carcajadas de júbilo

como nunca las habían oído, y las llamas entrando, casi alcanzándolos. No podían perder tiempo, la escalera había sido devorada por el fuego, sólo quedaban las ventanas. Anudando sábanas Carlos bajó a Cristina, después a Mónica y por último él se descolgó. Cuando Carlos tocó piso la casa estaba completamente invadida por las llamas que salían por las ventanas, por la puerta, por todos lados. Aún se escuchaban las carcajadas de Óscar cuando los tres, tomados de la mano, empezaron a caminar hacia la salida del pueblo. Ninguno volvió la cabeza para mirar por última vez la casa incendiada. 📍

De *Cuentos reunidos*, Fondo de Cultura Económica, 2009

Amparo Dávila (Pinos, Zacatecas, 1928). Narradora y poeta, pertenece a la llamada Generación de Medio Siglo. Es autora de los libros de cuentos *Tiempo destrozado* (1959), *Música concreta* (1964), *Árboles petrificados* (1977) y *Con los ojos abiertos* (2008), agrupados en sus *Cuentos reunidos* (Fondo de Cultura Económica, 2009), así como de los poemarios *Salmos bajo la luna* (1950), *Perfil de soledades* (1954), *Meditaciones a la orilla del sueño* (1954) y *El cuerpo y la noche* (2011), incluidos en su *Poesía reunida* (Fondo de Cultura Económica, 2011). Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en 1966. Obtuvo el Premio “Xavier Villaurrutia” en 1977 por el libro *Árboles petrificados*, cuya edición conmemorativa se publicó en 2017 en Nitro/Press, y recibió la Medalla Bellas Artes en 2015.

Jóvenes escritores zacatecanos
(1983-1997)



18 maneras de interrogar el mundo

Jóvenes escritores zacatecanos

Maritza M. Buendía

Escribir es estremecer el sentido del mundo.

ROLAND BARTHES, *Sobre Racine*

¿Qué se puede decir hoy de la literatura escrita en Zacatecas? ¿Por qué es necesario hablar de literatura dentro de un contexto social de emergencia, asolado por el crimen, la discriminación y las caravanas migrantes? ¿Para qué publicar una escritura tan actual, tan recién nacida? ¿Qué versos escribiría Ramón López Velarde si pudiera escuchar las campanadas de Catedral arropadas entre el sonido de las balaceras?

Geográficamente, el estado de Zacatecas se encuentra en el centro del país. No obstante, ambigüedades de perspectiva, para los habitantes de la Ciudad de México todo lo que está arriba es el norte y todo lo que está abajo es el sur. Pobre Zacatecas: tan lejos de la capital del país y... ¿tan cerca de Estados Unidos? Porque entre lo geográfico que da paso a una tematización literaria y que construye así un movimiento bautizado como Literatura del Norte, los escritores zacatecanos están a la mitad del Trópico de Cáncer (Parra, 2015: 12-16).

Sí, pobre Zacatecas: en el ombligo del país, en el limbo literario.

Ante las dudas y preguntas que hieren, hay una propuesta que si bien no tranquiliza, sí arriesga: es pertinente fomentar un espacio para la escritura reciente, recordar que la literatura es un acto estético que, como tal, aspira a lo trascendental y a lo simbólico, ahí donde se religa al ser humano con las cosas y con el cosmos, ahí donde la literatura se transforma en herramienta de vida. Aquí y ahora es imprescindible la revisión de nuestras voces para resaltar nuevamente el carácter crítico del lenguaje. Fabricar utopías (muchas utopías, las suficientes, las necesarias) no como destino final, feliz y concluyente; sí como un fluir que reencauce nuestra historia.

Si como estremecimiento (Barthes, 2017: 45), se puede decir que la escritura misma se fundamenta en un algo violento: fractura de lo ordinario, temblor del camino cierto, no se busca aquí un acercamiento ingenuo a un novísimo campo literario con el deseo de atenuar nuestra crisis social, no se aspira a cambiar un cuerno de chivo por un libro cuando lo que priva es una sociedad maltratada. No: como bien lo aclara Girard, la violencia forma parte de la naturaleza humana (1983: 10). Sí, en cambio, se pro-

pone explorar esta nueva escritura, con sus miedos y alegrías actuales, con el anhelo de restablecer los canales que permitan la comprensión de lo otro, lo diferente, lo diverso.

Si se atiende aquí al concepto de antología, se hace única y exclusivamente en cuanto a su raíz etimológica: *anthos*, que significa flor; *lego*, que significa reunir, juntar, elegir. A la vez, resulta pertinente el concepto de generación de José Ortega y Gasset, quien asegura que una generación es una variedad humana, con ciertos caracteres típicos que presentan una fisonomía en común, a pesar de las claras diferencias. “Las generaciones nacen unas de otras, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior. Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido [...]; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad” (Ortega y Gasset, 1951).

Dentro de esta faena de dos direcciones, la fisonomía en común que comparten los autores aquí reunidos se decanta en los siguientes puntos: todos escriben y radican en el estado de Zacatecas; todos son menores de treinta y cinco años, atendiendo al criterio discutible, aunque institucional, que ubica el rango de treinta y cinco años como el máximo permitido para ser considerado joven escritor en México; de los dieciocho autores, sólo uno de ellos no ha estudiado en la licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas;¹ y la mayoría ha formado parte de algún taller literario.

Por otro lado, aunque el ensayo literario y la crónica constituyen también otros géneros que se han trabajado en esta zona, por razones prácticas de tiempo y espacio se optará sólo por poetas y cuentistas, quienes aparecen según el orden cronológico definido por la revista. En término de equidad de género no planteada como condicionante para su elección, mas sí presente como resultado natural en cuanto a la elección de los mismos textos, se obtiene que nueve autores son mujeres y nueve son hombres.

Dentro de los poetas se encuentran: Roberto Ixtlahuaca, David Castañeda Álvarez, Óscar Édgar López, Mayola Cruz Flores, Yamilet Fajardo, Karen Salazar, Ezequiel Carlos Campos y Josafat Guadalupe Gaytán García; y dentro de los cuentistas se ubican:

¹ Aunque es cierto que existe una creciente proliferación de universidades privadas, cuando se habla de Universidad se hace referencia únicamente a la Universidad Autónoma de Zacatecas.

Sonia Ibarra Valdez, Joselo G. Ramos, Irene Ruvalcaba, Eduardo S. Rocha, Jesús Gibrán Alvarado Torres, Sara Andrade, Luis Vital, Diana Isis del Hoyo Cortés, Nathalie Fabela Enríquez y Lizeth Alcantar. Aunque dos de ellos nacieron fuera del estado de Zacatecas, son residentes de la ciudad desde hace más de diez años. Asimismo, una buena parte ha continuado sus estudios en la maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas, varios han recibido el Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico de Zacatecas y algunos la Beca Interfaz. Tanto Yamilet Fajardo como David Castañeda han obtenido uno de los premios más prestigiosos a nivel nacional: el Premio Nacional de Poesía “Ramón López Velarde”.

Tres de los autores nacidos en la década de los noventa publican por primera vez: Josafat Guadalupe Gaytán García, Lizeth Alcantar y Luis Vital. Los demás han publicado en revistas, suplementos culturales o blogs. Ocho de ellos cuentan ya con publicación en formato de libro, libro artesanal o cartonera, ya sea en edición o coedición con la Universidad y/o con el Instituto Zacatecano de Cultura, o con editoriales independientes ubicadas en el estado, como Taberna Librería, Texere, Policromía y Rey Chanate, así como las cartoneras La Cecilia y Fragmento Celeste.² Igualmente, a partir de 2017, el Taller Literario “Los hijos de Alicia” comienza una colección de libros artesanales.

Uno de los autores, Óscar Édgar López, ha publicado en una editorial de comprobada circulación a nivel nacional: Tierra Adentro. Las otras editoriales (unas más, otras menos) luchan con el día a día que implica posicionarse dentro de la ingrata tarea de la distribución.

² Taberna Librería inicia en 2001, bajo la coordinación de Juan José Macías. Gracias a Judith Navarro, Texere se funda en 2009, y en 2014 surge Policromía gracias a Yolanda Alonso. Para 2017, Óscar Édgar López inaugura Rey Chanate Editorial. Dentro de las cartoneras dirigidas por el poeta Juan Manuel García Jiménez, La Cecilia data de 2008 y Fragmento Celeste de 2017.

II

En su carácter de generación que “recibe lo vivido” existen varias vías para ubicar el contexto regional dentro del cual se inscriben las herencias literarias de estos dieciocho autores. Aquí se mencionarán solamente dos: la licenciatura en Letras y los talleres literarios. Se podría seguir, por ejemplo, la vía que marca un estado de la cuestión relativo a los antologías,³ las revistas y los suplementos culturales; no obstante, tales caminos rebasarían por mucho los límites de esta introducción.

Suficiente se ha hablado ya en torno al nacimiento de los talleres literarios en el interior de la República y del papel capital que ejerció el narrador ecuatoriano Miguel Donoso Pareja,⁴ por lo que, más que en ello, me interesa detenerme en dos figuras rectoras dentro del campo literario zacatecano: José de Jesús Sampedro y Veremundo Carrillo. Es posible observar la propuesta estética de ambos poetas como un diálogo que se contrapuntea: en sus primeros poemas, *Máscaras de piel de hombre* (1978), Carrillo refleja una temática religiosa que más adelante da paso a la figura de la mujer, a la búsqueda del amor y a las vicisitudes cotidianas de un hogar, *La décima luna* (1990). Por el contrario, Sampedro, embebido en las propuestas europeas de los poetas de vanguardia y seguidor del surrealismo, obtiene el Premio de Poesía Aguascalientes a temprana edad y, con *Un (ejemplo) salto de gato pinto* (1976), marca un rumbo diferente de entender la poesía.

³ *Los decimonónicos* (1995), de Marco Antonio Flores Zavala; *Zacatecas, barro que suena a plata* (1996), de Veremundo Carrillo; *Cielo cruel y tierra colorada* (1984), de Severino Salazar; *A la mitad del foro* (1997), de José Enciso Contreras; *23 muchachos sobre el mar de los feacios* (1998), de Juan José Macías; *Y son nombres de mujeres* (2018), del Colectivo Líneas Negras; y *Urdiendo ficción* (2018), de Víctor Manuel Chávez, entre otras.

⁴ El lector puede remitirse a *El aliento de Pantagruel* (1998) y *Encuentros y desencuentros (acercamientos al campo literario en Zacatecas)* (2008), del narrador Alejandro García; así como a la introducción de *23 muchachos sobre el mar de los feacios*, del poeta Juan José Macías. Un tercer libro retoma el tema, *La literatura zacatecana en el siglo XXI. Acercamiento a la tradición de obras y autores representativos* (2014), de Citlaly Aguilar Sánchez. No obstante, parte de la información que ahí se consigna es errónea. En específico, se dice que Juan Gerardo Aguilar y Maritza Buendía pertenecieron al taller de Macías, afirmación que es falsa.

Desde hace años y desde sus diversas trincheras, ambos poetas han propiciado o convivido con nacientes generaciones de escritores que *viven en y escriben desde* la ciudad, con una mirada que tiende a una literatura sin fronteras, una mirada plural. Pienso, por ejemplo, en Gonzalo Lizardo y *El libro de los cadáveres exquisitos* (1997), novela que ha logrado consolidarse como de culto para un cierto grupo de lectores *underground*, en cuanto a su carácter crítico y alternativo; pienso también en la poética de la soledad y el desencanto que propone Juan Gerardo Aguilar en *El refugio del hurón* (2010). Mención aparte merecen los escritores Tryno Maldonado, Manuel Ramos y Joel Flores, porque el primero radica en Oaxaca, el segundo en Estados Unidos, y el tercero en Tijuana. Entre varias distinciones, los dos últimos han recibido el Premio Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela: Ramos, por *Infinita sangre bajo nuestros túneles* (2014); Flores, por *Nunca más su nombre* (2017).

Antes de Sampedro y Carrillo, la carrera literaria de los escritores coincidía en la necesidad de quemar las naves y salir, cuanto antes, del ambiente de provincia; constante que se repite tanto en poetas de la talla de Ramón López Velarde y Roberto Cabral del Hoyo, como en los narradores Severino Salazar y Amparo Dávila, por mencionar algunos. Cierto es también que la misma provincia no ofrecía grandes alternativas. Motivos aparte, no es hasta que Sampedro y Carrillo intervienen, uno a través de Dosfilos Editores que nace en 1974, el otro a través de la fundación de la Escuela de Humanidades en 1987,⁵ que un renovado ambiente intelectual puede respirarse en la ciudad: presentaciones y publicaciones de libros, encuentros y festivales de poesía, visitas de escritores y profesores investigadores de otras latitudes, coloquios académicos, etcétera.

Para el año 2000, el narrador Javier Báez, motivado por la propuesta (e insistencia) de un joven alumno, inicia

⁵ Para el interesado en consultar información relativa a la fundación de la Escuela de Humanidades, remito a la tesina de licenciatura en Letras de Erika Flores, *De memorias y otros chismes. Asedio al concepto de humanismo en diez ensayos de Benjamín Morquecho Guerrero* (2016). Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas.

el Taller de Narrativa de la Unidad Académica Preparatoria de la Universidad. En 2008, y debido a la afluencia de jóvenes interesados, se abre un nuevo taller en Preparatoria Cuatro, dirigido por la maestra Rocío Yasmín Bermúdez. A la vez, enfocado en la revisión crítica de poemas y microtextos, el taller del poeta Javier Acosta inicia sus actividades en 2004, taller que ha impartido tanto en el Instituto Zacatecano de Cultura como en las Unidades Académicas de Letras y de Docencia Superior.⁶

Me parece que, en especial, el número 25 de la revista *Barca de palabras* resulta fundamental para comprender parte del movimiento literario que se gesta en la ciudad. En ese número, además de la opinión de sus fundadores, es factible encontrar los testimonios de algunos de sus ex integrantes. Una gran parte de ellos estudia luego la licenciatura en Letras. Destaco la labor

⁶ De 1992 a 2012, el doctor Víctor Chávez imparte un taller de creación literaria en el ITESM campus Zacatecas. El narrador David Ojeda funda el Taller de Crítica y Creación Literaria de la Universidad, mismo que pasa a Gonzalo Lizardo y, alrededor de 1993, al poeta Juan José Macías. Entre 2001 y 2002, el narrador Alberto Huerta da inicio a otro taller literario dentro de la Universidad, mismo que concluye en 2015. El Taller de Ensayo y Escritura Creativa a cargo del ensayista Sigifredo Esquivel Marín inicia en 2002 en la Casa de Cultura Jurídica, se mueve al Instituto Zacatecano y, desde hace más de cinco años, pertenece a la Unidad Académica de Docencia Superior. Entre 2015 y 2016, el doctor Alberto Ortiz imparte un Taller de Creación Literaria, registrado en Vinculación, que enseguida se integra a la Escuela de Verano de la Universidad. Como retribución social por el apoyo PECDAZ, en 2018, el narrador Ricardo Wong imparte un breve taller literario en la licenciatura en Letras tanto en Zacatecas como en Jerez. Por su parte, el escritor Óscar Édgar López también busca llevar a cabo un taller literario en la licenciatura en Letras, sin éxito; en 2006 y 2007 continúa con un Taller para la Preparatoria semiescolarizada, en 2012 con un Taller en el Centro Social BAM, en 2015 con el Colectivo el Tren. Para 2018 recorre siete municipios de Zacatecas, impartiendo talleres de creación literaria y de cartonera, apoyado por el investigador Patrik O'Hare (University of Surrey) <<http://cartonerapublishing.com/about-the-project/patrick-o-hare/>>. De más reciente creación es el taller de la Casa Municipal de Cultura de Zacatecas, de Adrián Lobo del Real, cuya dinámica se centra en contar con diferentes coordinadores para cada sesión.

Dentro de los talleres tutelados por escritores de manera independiente, desde 2003 se encuentra el del poeta y narrador Mauricio Moncada. Desde hace tres años inicia el Laboratorio Literario Daniel Sada, del narrador Bernardo Araujo, y en 2018 el Colectivo Líneas Negras, dirigido por mujeres. Igualmente, el poeta Alberto Avendaño ha presidido algunos talleres.

de Ezequiel Carlos Campos, quien funda en 2016 el Taller Literario “Los hijos de Alicia”, así como el hecho de que la licenciatura en Letras ha encontrado una cierta flexibilidad en su currícula al dividir la materia de Literatura Regional en un seminario de autores y un taller de escritura creativa.

III

Así las cosas, estos dieciocho autores fluyen en su propia espontaneidad cuando se convierten en surtidores de literatura, cuando proponen en sí una pregunta indirecta a nuestra contemporaneidad. Dentro de los poetas, Roberto Ixtlahuaca se permite un vagabundeo por ciudades extranjeras y cosmopolitas, acompañado de un otro que bien puede ser él mismo. Poeta de voz entristecida, David Castañeda Álvarez retoma la infancia, pero desde la mirada de un joven viejo. Por su parte, Óscar Édgar López combina la sordidez con la capacidad de asombro a través de un encuentro entre el yo lírico y el músico de jazz Chet Baker. En Mayola Cruz conviven la extrañeza y la angustia en un control de televisión sin botones, metáfora del horror, del sinsentido. A través de un hospital y de un vendedor de seguros, Yamilet Fajardo ronda la muerte y su absurdo, mientras que de ilusiones perdidas y de muerte son los poemas de Karen Salazar. En los textos de Ezequiel Carlos Campos también priva el tema de la infancia, ese miedo y sorpresa que es conocer el mundo por primera vez, y Josafat Guadalupe Gaytán García elabora una oda al vino y hace una crítica al desencanto de la época.

Dentro de los narradores, Sonia Ibarra Valdez recrea el sentimiento de culpa y Joselo G. Ramos se decanta por explorar los mecanismos de seducción de una mujer que busca cómo atraer a un hombre. Irene Ruvalcaba indaga en la debilidad de un psicoanalista que sucumbe ante su tristeza, mientras que, entre lúdico y onírico, Eduardo S. Rocha cuestiona a la vida misma. La instantánea fotográfica de un amor, de un algo que quiso ser y no fue, es la línea de Jesús Gibrán Alvarado Torres. Sara Andrade detiene la fugacidad de un encuentro amoroso en medio de un callejón; Luis Vital retoma la guerra para ahondar en los vericuetos del alma. Mítica y fantástica,

Diana Isis del Hoyo Cortés recrea leyendas populares para narrar la pérdida de un ser querido. Una historia de amor obsesivo entre una mujer/ave y un escritor frustrado centra la acción del cuento de Nathalie Fabela Enríquez. Por último, la prosa poética de Lizeth Alcantar reelabora el tema del asesinato como una de las bellas artes.

Aquí sus temas, aquí sus preocupaciones.

Por supuesto, esta selección, como cualquier otra, no abarca ni una mínima parte de los autores que deberían estar incluidos. No obstante, quiero creer que si algo une a estos dieciocho escritores es el amor por la literatura, esa maniática manera de entender la escritura como pasión y modo de vida. Quiero creer también que todos ellos asumen con inteligencia sus deudas literarias sin que eso les impida fluir en su propia espontaneidad, esa que saben crear en su escritura.

Una generación representa una cierta “altitud vital” que “confirma una realidad”, dice Ortega y Gasset, y se presume como “verdadera” en el sentido de que refleja las cosas como son, consecuencia de tener una “sensación radical de la vida” (1951: 47, 53). Así son estos dieciocho autores: verdaderos y radicales, ninguno engaña, simplemente escriben. Si permanecen, si pasarán a formar parte del canon literario nacional o internacional (si es que tal cosa existe), ya lo dirá la historia. Por lo pronto, me resguardo en el encuentro amoroso que implica toda escritura, ahí donde Barthes habla de sentido estremecido, de pregunta indirecta que tiende la mano al lector. Porque sólo la lectura pone en juego la razón y el corazón, en ese todo corazón que el acto de entender co-implica (Ortiz-Osés, 2003).

Bienvenidos entonces.

Aquí están dieciocho voces. Dieciocho maneras de interrogar el mundo. ●

Referencias bibliográficas

- Aguilar, Juan Gerardo. (2010). *El refugio del hurón*. México: Instituto Zacatecano de Cultura.
- Aguilar Sánchez, Citlaly. (2014). *La literatura zacatecana en el siglo XXI. Acercamiento a la tradición de obras y autores representativos*. Zacatecas: Conaculta/Instituto Zacatecano de Cultura/Gobierno del Estado de Zacatecas.

- Baéz Zacarías, Javier (coord.). (2015). *Barca de palabras*. Zacatecas: UAZ. Num. 25, año XIV, primer semestre.
- Barthes, Roland. (2017). *Sobre Racine*. México: Siglo XXI.
- Carrillo Trujillo, Veremundo. (1996). *Zacatecas, barro que sueña a plata. Literatura de la Colonia al siglo XX*. Zacatecas: FECAZ.
- (1978). *Máscaras de piel de hombre*. México: Jus.
- (1990). *La décima luna*. Zacatecas: UAZ.
- Chávez Ríos, Víctor Manuel (coord.). (2018). *Urdiendo ficción. Antología de los talleres literarios en Zacatecas*: UAZ/Policromía.
- Flores, Joel. (2017). *Nunca más su nombre*. México: Ediciones Era.
- Flores Puente, Erika Fabiola. (2016). *De memorias y otros chismes. Asedio al concepto de humanismo en diez ensayos de Benjamín Morquecho Guerrero*. Tesina de licenciatura en Letras. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas. [15/11/2018].
- Flores Zavala, Marco Antonio. (1995). *Los decimonónicos*. Zacatecas: FECAZ.
- García Ortega, Alejandro. (2008). *Encuentros y desencuentros (acercamientos al campo literario en Zacatecas)*. Zacatecas: Ediciones de Medianoche.
- (1998). *El aliento de Pantagruel*. Sinaloa: UAS.
- Girard, René. (1983). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Lizardo, Gonzalo. (1997). *El libro de los cadáveres exquisitos*. México: Ediciones sin Nombre.
- M. Ocampo, Aurora (dir). (1997). *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas*

- de la revolución hasta nuestros días*. Tomo IV. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ortega y Gasset, José. (1951). *En torno a Galileo, Obras completas*. Vol V. (1933-1941). Madrid: *Revista de Occidente*. <https://marcosfabionuva.files.wordpress.com/2011/08/obras-completas-de-ortega-y-gasset-tomo-5-espanhol.pdf> [04/12/2018].
- (1985). *El tema de nuestro tiempo. La rebelión de las masas*. México: Porrúa.
- Ortiz-Osés, Andrés. (2003). *Amor y sentido. Una hermenéutica simbólica*. España: Anthropos.
- Parra, Eduardo Antonio. (2015). *Norte. Una antología*. México: Ediciones Era.
- Ramos, Manuel. (2014). *Infinita sangre bajo nuestros túneles*. Zacatecas: Pictographia.
- Sampedro, José de Jesús. (1976). *Un (ejemplo) salto de gato pinto*. México: Joaquín Mortiz.
- Salazar, Severino. (1994). *Zacatecas, cielo cruel y tierra colorada*. México: Conaculta.
- VV. AA. (2018). *Y son nombres de mujeres. Antología de escritoras zacatecanas*. Zacatecas: Secretaría de la Mujer/Gobierno del Estado de Zacatecas.

Maritza M. Buendía (Zacatecas, 1974). Doctora en Humanidades (Literatura) por la UAM-Iztapalapa. Es autora de la novela *Jugaré contigo* (Alfaguara, 2018). Obtuvo el Premio Nacional de Cuento “Julio Torri” con *En el jardín de los cautivos* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2005), el Premio Bellas Artes de Ensayo Literario “José Revueltas” con *Poética del voyeur, poética del amor. Juan García Ponce e Inés Arredondo* (UAM/Conaculta 2013) y el Premio Nacional de Literatura “Gilberto Owen” con *Tangos para Barbie y Ken* (Textofilia/Instituto Zacatecano de Cultura, 2016). Fue becaria del programa Jóvenes Creadores del FONCA y formó parte de la primera generación de la Fundación para las Letras Mexicanas. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Investigadores e imparte clases en la licenciatura en Letras y en la maestría en Literatura Hispanoamericana, ambas de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

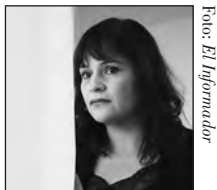


Foto: El Informador

Roberto Ixtlahuaca

Teúl de González Ortega, Zacatecas, 1983

Roberto Ixtlahuaca. Estudió Contabilidad en el Instituto Tecnológico de Tlaltenango. En dos ocasiones fue becario del PECDAZ en el área de poesía. Actualmente es alumno de la licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas.



Rayuela 34

Y entonces dijiste que ya no leerías *Rayuela*.
 No sé cómo lo dijiste. Ni recuerdo tus gestos,
 pero lo dijiste y era tarde,
 así que botaste el libro apenas en el capítulo 34.
 Y luego salimos a la Spiegelgasse,
 mientras hablabas de lo bobo que sería
 ir por Zúrich cargando un enorme pan
 y no llamarse Chantal Michel.
 Y yo pensaba en el invierno y el frío que haría
 en Grantchester
 y en esa gente que descarga los equipajes
 en el aeropuerto de Albany.
 La verdad no me gustaba Albany. Una vez incluso
 dije que era mejor Búfalo, aunque en todas
 partes hay gasolineras Mobil.
 De pronto, empezaste a caminar de prisa y yo
 te seguí paso a paso
 hasta llegar al Cabaret Voltaire. Hablaste entonces
 de Ball y de Picabia y los dadaístas,
 que luego fueron surrealistas y otra vez dadaístas.
 “¿Te he contado la historia de la Maga?”
 Una vez, te dije, mientras caminábamos por el bulevar de Chézy en Rennes.
 Y de Lautréamont y de la Maga y de Uruguay. De algún modo
 eso era bueno y encendiste un cigarrillo Pall Mall.

Era tarde y viste la hora dos veces. Pensaste en regresar a casa.
 “No me gustó el capítulo 34 y por eso dejé de leer *Rayuela*”.
 Y recordaste una calle a lo largo del río Spree
 y un mural de Christine McLean en la East Side Gallery.
 “Nunca he leído *Rayuela*”, dije en voz baja.
 Alguna vez lo intenté, pero me distrajo un pájaro
 muerto encima del escritorio,
 colocado ahí, a propósito, por Suzanne Landau.



tinta/papel, 29 × 44 cm, 2018

David Castañeda Álvarez

Tula, Hidalgo, 1984

UN DÍA ME ENTUBARÁN la nariz
y dirán mis hijos
pobre de mi papá, no lo contamos,
no dura más que hoy

y luego dirán
qué hacemos con su voz en la pared
y el retrato de sombras en su cuarto
los libros del mar que nunca leyó
la dama blanca con máscara de oro
de pie junto al espejo del estudio

y el tanque de oxígeno
junto a los sillones:
—nada más triste que un tanque en la sala
con su triste color aguamarina
y el triste diablito que lo sostiene—

qué sentirá ahora
¿le duele la mordedura del cielo
la abominable negritud del cosmos?
¿pensará que sus manos se vacían
de la vida que amó con frenesí?

qué ve mi padre más allá del techo
tal vez aquellos ángeles de lino

David Castañeda Álvarez. Es licenciado en Letras, maestro en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana y doctorante en Estudios Novohispanos por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue becario del PECDAZ en 2013 y 2015. Es autor de los libros de poesía *Y el verbo se hizo polvo* (Policromía, 2016), *Un hombre, una mujer y un mirlo* (UAZ, 2016) y *Bitácora de un desasosiego* (Texere/Instituto Zacatecano de Cultura, en prensa). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía “Ramón López Velarde” en 2015.



Foto: Estephane Hernández

los terribles ángeles
con máscara de doctor
y una enfermera quizá cambiará
el suero verduzco
de mis antebrazos
y yo soñaré
—muy parecido a un sueño latino—
con mi familia tendida en la playa
las cubetas los castillos de arena
y así desearé irme, con esa imagen
desde ahora fijada en las estrellas.



tinta/papel, 28 x 21 cm, 2018

EL MUNDO HABLA en voz muy baja,
y si me acerco no entiendo qué dice,

sólo escucho algo a lo lejos
y busco emular su idioma
de agua clara,
copiar su canto de fuente
sin monedas,
imitar el discurso de sus ríos
extraviados

cuando la lluvia y las piedras
derrumban las paredes del reloj
murmullo un lenguaje de aves
acampadas en sus nidos,
quiero hablar
de algo tan impreciso como yo:
agua que viene de lejos,
pájaros en los minutos,
rocas sueltas en el aire,
temblores de espuma blanca,

torpemente balbuceo
secretos que no me pertenecen.

tinta/papel, 28 x 21 cm, 2017



PORQUE NO NACÍ a buena hora ni
con magnífica suerte
—once de la mañana, hora
del almuerzo del seguro social—
nada pido

no rezongo
no cuestiono —y menos juzgo— a mi padre
no le saco la lengua a la abuelita
no corro, no grito, no
empujo en caso de sismo

mi espalda se endurece cada año
y gran parte de mi felicidad
consiste en lavar los trastes
oler libros
y hablar sobre el origen de los astros

nada pido, ni la muerte

vivo según el azar de los días
y la intensidad del sol.

Poemas de *Bitácora de un desasosiego*, Texere/
Instituto Zacatecano de Cultura, en prensa

Óscar Édgar López

Zacatecas, Zacatecas, 1984

XXI

(*El traje de los días*)

En una cantina del centro me encontré a Chet Baker,
 llevaba sus vaqueros deslavados
 y una playera de los Dogders;
 pidió una jarra de cerveza y una caja de cigarros,
 tenía los ojos puestos en el abismo,
 la baba seca en la barbilla.
 Sobre su nariz las gafas de pasta gruesa
 y sus arrugas que brillaban
 como bellos surcos de maíz en el desierto.
 Volteó hacia mí y me pidió fuego,
 le encendí el cigarrillo
 y esperé a que dijera algo;
 pasaron quinientas moscas por las ventanas
 y Chetie sólo daba vueltas a su caña
 y bebía sorbos muy pequeños,
 noté que sudaba y que sus piernas
 bailaban un ritmo helado.
 Tiene el *cold turkey*, pensé
 y fui hasta él.
 Chet, le dije, te amo,
 dame doscientos baros para conectarte un pique.
 Sus ojos como dos pasas reseca me miraron asustados:
 déjame solo, cabrón metiche.

Óscar Édgar López. Escritor, promotor cultural y artista plástico. Licenciado en Letras y maestro en Filosofía por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Cuenta con trece volúmenes de poesía y cuento, entre los que destacan *Ella ama lo puerco que soy* (Espacios Literarios, 2005) y *Solo y sin bolsillos para meter las manos antes de llorar* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2006). Es director de Rey Chanate Editorial.



Volví a mi butaca junto a la barra.
 Esperé a que Chet se metiera al baño,
 entonces pagué sus cervezas y las mías
 y me largué de ahí.



tinta/papel, 11 x 28 cm, 2018

Mayola Cruz Flores

Villa García, Zacatecas, 1989

I

Mis hijos
se han metido de un brinco al televisor,
desde ahí me miran,
pues soy la única persona en esta película
a blanco y negro.

Todo es un encender o un apagar.
Ellos sólo me miran.
Tengo varios meses que no pago el recibo de la luz;
que me la corten.

Ellos, desde el televisor,
como dibujos animados en *pause*,
lo esperan también.

Un pájaro picotea la pantalla.
No entiendo para qué:
aquí sólo hay jaulas que han muerto de frío.

Adentro del televisor,
Karla busca el control para cambiar de canal.
Y yo aquí, desde mi cama, también.

¿Por qué me angustia que al control le faltan los botones
on y *off*?

Mayola Cruz Flores. Es licenciada en Letras y maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue miembro de los talleres de Juan José Macías y Javier Acosta. Es autora del poemario *20 cuchillos mal afilados* (Editorial Fragmento Celeste, 2017).



Foto: Viral Fotografía

¿En dónde están?
No recuerdo habérmelos comido
y, sin embargo, los vomito:

On, off, on, off.
¿Cuál es la opción intermedia?

II

Usted se metió muy adentro de mí,
en ese lugar que abre,
pese a que sirve para guardarnos doblemente desnudos,
doblemente monstruosos,
a veces me parece violenta:
sobre todo cuando deja sus cristos de yeso aquí.
¿Acaso no le enseñaron a cerrar una caja torácica cuando se entra,
a marcharse cuando se llega?

Si la justicia fuera justa
usted todavía debería vivir,
pero eso no le da derecho a quedarse
en este lugar que reservo
sólo para mis demonios *light*.

Váyase, y ya no se le ocurra volver.
Se ha sabido que allá
donde *se observan muchísimos huesos,*
huesos que están completamente secos
se puede existir.



tinta/papel, 44 x 29 cm, 2018

Yamilet Fajardo

Morelos, Zacatecas, 1989

Sala de emergencias

En este lugar
existen cuatro clases de hombres
y mujeres:

Aquellos que portan una etiqueta verde
pelean por el baño
y se sientan a esperar
dos horas
o más
para ser atendidos.

Para los de etiqueta amarilla
la espera es de cuarenta minutos.
Son los fantasmas de esta sala
saben que algo anda mal con ellos
despiertan desgastados
mordidos por una bestia
de hocico sin fondo,
el médico de turno no lo advierte
pero ellos lo intuyen.

Los de etiqueta naranja
caminan del brazo de sus esposas
o de sus esposos

Yamilet Fajardo. Estudió Educación en la Escuela Normal “Manuel Ávila Camacho” y Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Es maestra en Investigaciones Humanísticas con orientación en Filosofía e Historia de las Ideas por la UAZ. Sus poemas se han divulgado en *La Jornada*, *El Sol de Zacatecas*, *Reitia*, *Círculo de Poesía*, *La Otra* y *Casa del Tiempo*, entre otros. Fue becaria del PECDAZ y del FOECA. Su libro *Susana y los viejos* fue seleccionado en la categoría Exbecario dentro de la convocatoria PECDAZ 2013 y fue publicado por la editorial Texere y el Instituto Zacatecano de Cultura en 2014. Con *La caja de cerillos, una novela en verso* (UAZ, 2014) obtuvo el Premio Nacional de Poesía “Ramón López Velarde” en 2013.



aún más débiles.
En ellos la prolongación del tiempo
es dudosa
menos de diez minutos para entrar,
un día
un mes
un año
para salir
y regresar
la semana que viene.
Comienzan a olvidar
de qué color pintaron la casa.

Y éstos
que están junto a mí.
No es raro
verlos morir
esperando
en sus sillas de ruedas.

Póliza de seguro

Cuando te acercas a los treinta
sobre todo si tienes empleo
comienzas a recibir la visita
de agentes de seguros,
agentes con corbata
o sin ella
pero siempre impecables.
Preguntan por tu salud
la familia
y sobre cómo te gustaría morir.
A los primeros logras evadirlos
luego regresan
te hacen imaginar accidentes automovilísticos
los asaltos
los secuestros
el parto de tu primer hijo,
hasta que te muestran la estadística del cáncer
“tres de cada diez mujeres mueren de cáncer de pecho”, comentan
y te miran los pechos
como si te aplicaran una mastografía,
no dices nada
estás muy ocupada
con el flujo de las impresiones,
la intuición de la vida
“no busques consuelo
en el paraíso de la ley de causalidad”
te escuchas a ti misma.
Ellos tienen preparado tu contrato.
Firmas.
Sales a la calle
como una mujer
con póliza de seguro.



tinta/papel, 28 x 11 cm, 2017

Karen Salazar

Zacatecas, Zacatecas, 1993

Llamada a media tarde

Una voz quebrada dice mi nombre
menciona el robo más déspota
el ladrón de tulipanes se ha llevado
las posibilidades de una muerte tranquila.

Pienso en su cabello de espiral
el llanto suprimido en sílabas
la voz que navega por ondas
todo inservible
inventado tarde.

Indefenso, niño, deja te abrazo
en las horas furtivas deslavadas en un bar
busca consuelo en los poemas declamados
en la orilla de la desnudez arrebatada
en las similitudes de los versos
también desnudos
y si lo encuentras yo cantaré el secreto al oído
de la polilla negra que nos ve desde la ventana.

Karen Salazar. Ha publicado poemas, ensayos y narrativa en suplementos y revistas culturales como *Círculo de Poesía*, y en la Editorial Fragmento Celeste. Es autora de los libros de poemas *Plegaria de la escafandra* (Rey Chanate, 2018) y de la *plaquette Poemas de Karen Salazar* (Mejorana, 2018). Ha pertenecido a distintos talleres literarios, entre ellos el de Javier Acosta. Fue becaria del Festival Interfaz-ISSSTE en 2016. Actualmente es miembro del Taller Literario “Los hijos de Alicia”.



Foto: Israel Álvarez

ME EMBARGARON LA CASA
mis libros el escritorio
la computadora
me embargaron la nostalgia
las letanías que repetí
mientras se consumía
la vela eléctrica del buró

También se llevaron mis gatos
mi velero y los sueños
me dejaron solo
con mi ropa empapada
y las ansias de quebrar cristales

Me dejaron solo
ojalá se hubieran llevado mi reflejo
pero en los charcos mi cara limpia
se repetía como sombras
acompañadas por mil soles.

Ezequiel Carlos Campos

Fresnillo, Zacatecas, 1994

Primeras letras

Enfrente de mi casa hay un árbol
en el que mi abuelo colgó una llanta
y pasé adentro atardeceres completos
en el vaivén del útero de caucho

Imaginé las líneas del tigre
a veces conté nubes antes de la tormenta
me enamoré de un niño con ojos de canica
de la embriaguez por el baile ondulante

También escribí mi primer poema
sobre el miedo a los anfibios
y el pelaje del caballo entre mis dedos
pasé horas repitiendo el mismo nombre

Sin embargo un día
la llanta se convirtió en lugar común
para la niña que aprendió a cabalgar
y del hule cuarteado por el viento
nació la metáfora de un jabalí.

El viejo del costal

Alguien toca la puerta.
Veo una silueta encorvada
que carga una bolsa negra en la espalda.
Recuerdo cuando mi madre
me dijo que el viejo vendría por mí.
Por eso no le abro.

De grande quiero ser

De grande quiero ser
algo que aún no se ha inventado:
recolector de smog,
contador de granos de arena,
constructor de nubes
o
chofer de estrellas.
Veo la cara de mi madre
cuando le dije que por ahora
sólo quiero ser
coleccionista de arañas.



tinta/papel, 28 x 11 cm, 2017

Tumbaburros

Busqué la palabra libertad
y encontré un espacio en blanco.
Después a Dios y decía que no estaba
en existencia.
Aprendí algunas palabras nuevas,
aunque muchas en desuso.
Casi todas, las que más me interesaban,
habían desaparecido
como si el tiempo las hubiera borrado.

Superhéroe

Todas las noches
escuché a mis huesos crecer.
Imaginé que sería
del tamaño de un edificio
para combatir cuerpo a cuerpo
contra Godzilla o King Kong.

Ezequiel Carlos Campos. Estudió la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado en las revistas *Círculo de Poesía*, *Corre, conejo* y *Liberoamérica*. Su trabajo ha sido incluido en la *Antología de escritores zacatecanos*. *Siete poetas* (Fragmento Celeste, 2017) y en la *Antología virtual de poetas fresnillenses* (2017), entre otras. Escribe la columna semanal “El pequeño guardatextos”, en *El Diario NTR*, y dirige la revista virtual *El Guardatextos*. Fue becario del Festival Interfaz-ISSSTE de Monterrey en 2017. Es autor de *Aquello que no se cuenta* (Rey Chanate, 2017), *Quizá por miedo a la noche* (Rey Chanate, 2018) y *El beso aquel de la memoria* (La Nigüa/Taberna Librería, 2018). Algunos de sus poemas han sido traducidos al francés.



Foto: Santiago Carlos Campos

Felicidad

Quizá un día fui feliz:
soportaba el contacto de juguetes ajenos,
el tendero me perdonaba cincuenta centavos
por una bolsa de papitas y unos chicles;
aquellos días me hacían sonreír,
la televisión me educaba,
jugar fútbol en la calle
era la copa más importante de la Tierra,
los golpes el contacto divino
entre nuestra realidad y otra.
Quizá un día lo fui.
Quizá.

Poemas de *El beso aquel de la memoria*,
La Nigüa/Taberna Librería, 2018

Josafat Guadalupe Gaytán García

Zacatecas, Zacatecas, 1996

Don de cáliz

La adicción es un vergel triste que se seca y se marchita;
 no hay llanto que riegue su abundancia,
 no hay placer que sacie sus anhelos
 sino las amargas gotas de caricias que arden.
 ¡Traedle una copa y saciad el reclamo!
 No dejéis que muera, no dejéis que sea cercano amigo del polvo
 ni amante nunca de áridos cementerios.
 Aquel llanto incorregible ha tomado
 posesión de cada instante que inventa el desgraciado,
 el doloroso contador de leyendas: tiempo longevo y despreciable.
 Hoy, en madrugada aciaga, de esas que nunca acaban de nacer,
 no hay remedio más pobre y humildemente ruin
 que ocultar el vacío fondo de una copa con el néctar de los sabios,
 la muerte de los pobres, el don de los dioses,
 el miedo de los honrados, la gloria de los miserables,
 la salvación de todas las insaciables condiciones.
 No temáis a la perdición ni temáis al mal tiempo,
 que nunca la naturaleza del hombre ha perdonado a nadie,
 todos somos peregrinos del infortunio,
 todos sedientos andamos burlando a las verdades
 y callando las ofensas que nos hace la absurda realidad.
 ¡Traed, por amor al venerado Júpiter,
 aquel privilegio a esta desahuciada tierra
 en la que tantos somos víctimas!

Josafat Guadalupe Gaytán García. Estudiante de la licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas.



No hay más remedio que darle de beber a la sangre
 de aquello que la hace ligera y ardorosa.
 Por compasión, mis semejantes en tinieblas,
 llenad hasta que desborde y se haga un río
 en el impuro suelo que me aguanta los pasos.
 No temáis derramar, el suelo también busca el error
 para limpiar sus impurezas bebiendo por su agrietado cuerpo.
 ¡Alzad, pues, vuestras copas hacia los astros!,
 y acto seguido, bebed del vino que algún dios,
 con ganas de ahogar penas, nos ha regalado.
 Alzadlas todos en noble pacto con los demonios
 que nos habitan y nos colman de este breve encanto.
 ¡Preparad cañones!, ¡apuntad!, ¡fuego!
 Es verdad, mis semejantes, que la única
 y más honrada gloria es la de ese primer trago.
 No cesen de encantarse con tal bendición,
 por favor, no os avergoncéis.
 La piedad, sin reclamo alguno,
 ha traído tan grato obsequio a nosotros
 quienes hemos sido el refugio de las penas más dolorosas;
 unas pocas gotas de olvido se asemejan al milagro que buscamos,
 mis siempre tristes semejantes.
 La embriaguez está reservada para pocos portadores,
 adoradores del alcohólico arrebato.
 Desde antiguos tiempos ya los maestros
 engendraban tan maravillosas ideas

teniendo amores intensos con el demonio de líquido cuerpo amargo,
dador del don de la sabiduría.
Todos volved a ahogar la copa sin remordimiento,
es de infames despreciar la abundancia ocasional.
Desterrad a la sed por largas horas,
dad entrada al briago razonamiento;
desconoced la inmundicia que les parte el pecho
y les reclama un interno sufrimiento.
Hoy, madrugada serena y tan triste,
imitad a los que riegan sus pechos
con las placenteras aguas de la fortuna,
esos que no conocen los secretos que la penuria nos otorga a nosotros,
por ser fieles seguidores de la aflicción.
¡Sin temor a nada embriagad su sangre!,
que tan luego como la madrugada termine
hemos de recordar qué tan pobres y miserables somos.
Hoy, mis amados semejantes,
recordad y tened bien presentes estos pocos versos modestos
mientras estén prestos a beber hasta la última gota:
Hay quien siente vida óptima,
otros que más óptima la bebida;
copa llena y nada importa,
larga noche y corta vida.

tinta/papel, 44 x 29 cm, 2018



Sonia Ibarra Valdez

Zacatecas, Zacatecas, 1985

Sonia Ibarra Valdez. Licenciada en Letras y maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Integrante del taller de creación y crítica literaria de la misma universidad y del taller de letras del Colectivo Líneas Negras. Ha publicado en la revista electrónica *Círculo de Poesía*, en la cartonera La Cecilia y en la antología *Y son nombres de mujeres* (Secretaría de las Mujeres de Zacatecas/Líneas Negras, 2018).



Rastros de Ella

La única cosa importante en la vida son las huellas de amor que dejamos atrás cuando tenemos que dejar las cosas sin preguntar y decir adiós.

ALBERT SCHWEITZER

Todos sabemos que nadie escapa de Ella. Algunas veces aparece de improviso; otras, da avisos de su llegada. Muchos se preparan para su visita. Otros se resisten, se esconden, cierran puertas, ventanas, cualquier entrada; Ella, audaz, tarde o temprano encuentra al elegido. Entonces, la única opción es viajar a donde indique, sin que importe el rastro de angustia y dolor de quienes siguen esperándola.

He visto antes ese rastro, pero nunca tan cerca como aquellos días. Me encontraba en la oficina, leyendo el periódico y disfrutando del primer café de la mañana. Diario, desde hace un año, a las 9:00 a. m. recibía el mismo mensaje: “Amaneció bien, sigue mejorando. Te envía saludos.” Sin embargo, aquel día esa breve línea fue desgarradora: “Lo encontramos rígido en el piso de su habitación.” Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Conduje hasta la casa del abuelo. Un grupo de personas se encontraba en la puerta esperando la llegada de los ministeriales. Unos se limpiaban las lágrimas, otros se abrazaban, los de mayor edad hacían llamadas telefónicas. A pesar de la quietud, mi corazón latía rápido, muy rápido.

Antes de poder entrar, llegó una camioneta blanca y de ella bajó un hombre alto, moreno, mal encarado, con el ceño fruncido. Era el agente ministerial, con libreta en mano y actitud prepotente tomó nota. Primero datos generales: edad, enfermedades, familiares, testigos. Luego escribió la declaración de quien descubrió el acontecimiento. Finalmente, sin encontrar muestras de que se tratara de un crimen, se retiró del lugar pidiendo llamar a un médico legista para dar



fe de las causas del suceso. No puede culparse a una hemorragia digestiva de homicidio.

No era mi obligación entrar, pero la curiosidad, amiga del temor, movió mi cuerpo. Al contrario de lo que el agente opinaba, yo creía que en esa ocasión Ella se había convertido en un verdugo cruel, salvaje, despiadado. Como todas las noches, él se encontraba solo. Dormía. Tal vez soñaba. Ella llegó inesperadamente, él no pudo llamar a nadie. Al final, quizá cansado de luchar por más de un año, abdicó de la vida.

La escena parecía de película, había huellas del combate por doquier: sangre seca en las sábanas y las cobijas, en el colchón, en el piso, en la pared, en la manija de la puerta, en su ropa, en una cubeta que usó para vomitar; pude imaginarlo hincado, aferrado a esa cubeta.

Salí al patio. El aire era más pesado que de costumbre, parecía no entrar a mis pulmones. Una, dos, tres respiraciones profundas y volví adentro. Los dedos presentes actuaban como máquinas ensambladoras automáticas: cambia su ropa, jala aquí, mete allá, limpia, quita, guarda, tira. Fue difícil estar en su casa y hacer las cosas sin él, sin su supervisión. Su ausencia era abrumadora.

Mientras buscaba en el ropero una de sus mejores corbatas, el olor a naftalina me transportó a la infancia, cuánto me emocionaba ir a esa casa, abrazar al viejo, oler su característico aroma a mentol y admirar su corpulenta figura balanceándose en la mecedora bajo la sombra de un moral, mientras ordenaba, con gesto rudo y voz grave, una taza de café y un cenicero. Después de encender su primer cigarrillo, empezaba a contar sus largas y fascinantes historias de juventud.

Retrato de Estrella Benazir Faya Atilano y Odín, tinta/papel, 35 x 26 cm, 2018

A pesar de la rigidez que ya presentaba, su piel aún era suave, delicada. La boca entreabierta mostraba rastros de la batalla, en las hendiduras de los labios podían verse pequeñas manchas de un rojo bermellón. El cabello, apenas recortado una semana antes, estaba intacto, limpio y plateado como siempre. Los ojos entreabiertos veían sin mirar. Si no fuera por la frialdad de su cuerpo, nadie sospecharía su muerte. Después de morderme los labios y apretar mi corazón lleno de remordimientos por las visitas no realizadas, las llamadas nunca hechas, las historias no contadas, besé, aquella mañana, por primera y última vez, su ya marchita frente.

Quizá, inmersos en una fase de negación ante lo ocurrido, los presentes continuamos ese día con nuestras actividades cotidianas, mientras disponíamos al viejo para la despedida, pero ¿cómo despedirse del marino cuyo barco ya ha zarpado? Aquí es costumbre hacer un ritual para simular un adiós. Una reunión parecida a una fiesta aburrida, donde se reencuentran personas que no se han visto en años y donde se recuerda cómo era el festejado en sus mejores tiempos, cómo vivió sus años de enfermedad, de soledad, de encierro. Después, una velada conmovedora en una sala medio vacía: una gran caja de madera, un par de grandes sillones color negro, focos que simulan ser velas, el crucifijo en la pared, algunas flores. Al día siguiente, una ceremonia religiosa para conmemorar al ausente.

Al final, en un lugar inhóspito, lleno de restos de los cuerpos que alguna vez comieron, hablaron y caminaron entre nosotros, le dimos el definitivo y supuesto adiós a aquel hombre que sólo dejó sabiduría y amor a su paso. Después de aquello, los rastros que Ella dejó fueron aún más evidentes: tristeza, frustración, desolación, nostalgia, amargura, miedo... Y sin embargo, como al frío viento del norte, todos la seguimos esperando. ❷



Joselo G. Ramos

Zacatecas, Zacatecas, 1990

Cómo aprender a fumar

Lo ve. Escudriña desde el abrigo negro hasta los zapatos porque a una mujer como ella la ropa no le pasa desapercibida. Enfoca la mirada en las manos del hombre, busca una sortija, pero sólo encuentra un cigarro entre los dedos, concluye que no le molestaría llegar a casa con la ropa y el cabello apestando a tabaco. Recargado en la barra, el hombre parece estar solo, intercambia algunas palabras con el mesero y voltea de vez en cuando a la televisión que encierra a dos boxeadores. Ella ve los dedos que llevan el filtro hacia los labios. Envidia el final del cigarro, el papel naranja: su boca desea ser la boquilla que él lleva a la suya al menos ocho veces en un minuto. Olvida las nimiedades que charlan sus compañeras. Pierde el oído, el olfato y el tacto para sobrecargarse en la visión de él.

La noche aumenta junto al frío. Más personas entran al bar, buscan calor y exhalan humo para contrariar el clima. Pronto se crea una niebla gris e inversa que parece salir del suelo y empujar el techo. A nadie le incomoda esa niebla sofocante, se unen quienes no estaban fumando, la tarea es que las palabras salgan con forma, color y olor, no sólo como un ruido pausado, fácil de ignorar. Ella es la única molesta, la niebla le impide seguir observando al hombre. Tanto que él se difumina hasta ser casi una silueta. Busca un mejor ángulo, pide a una de sus compañeras cambiar de lugar porque le molesta el humo. En su nueva posición resta uno de los cinco metros que la separan de él. Se decide, tiene que hablarle, no será difícil para una mujer como ella acecharlo, pero no quiere ser confundida con una prostituta, con una sensatez alcoholizada. Sólo le queda esperar a su mejor trampa: el contacto visual.

De la pupila a la espesura de la niebla y luego a él, a veces silueta, a veces imagen nítida. Solitario, el hombre lleva filtros o el borde de un tarro a donde ella quiere ir. Ella tiene que apresurarse por si termina de hacer lo que sea que esté haciendo. No espera a nadie, o al menos eso cree hasta que la distrae el contoneo de una mujer dentro de un vestido rojo. La mujer toma asiento a su lado. El hombre la voltea a ver

como la observadora quisiera que la mirara a ella, la mujer del vestido extiende su mano hacia el pecho del hombre para asirlo del abrigo y aproximarle, su boca sustituye el tabaco. El instante se vuelve tenso, la observadora siente celos, le arde la mirada hasta que la mano de la otra enciende un cigarro y se distrae, al igual que él, con el televisor. No hay mucho tiempo, ésa fue la primera advertencia de que en cualquier momento puede marcharse. O peor, que otra envalentonada le arrebatase lo deseado. En estos casos no cuenta el *yo lo vi primero*, hay que actuar.

No lo piensa demasiado, abandona su lugar. Sus compañeras creen que se dirige al baño y no le toman importancia. Ella avanza, combate el ruido de la música y la palabrería con el sonido de sus tacones. Llega y coloca los codos y parte del busto sobre la barra, en voz alta pide una cerveza. Voltea con cautela. El hombre está concentrado en sus uñas, como si tuviera una íntima conversación con la punta de sus dedos. Pero ella sabe que una mujer como ella nunca pasa desapercibida. *Tiene que voltear*, piensa. Pero no pasa nada, la indiferencia de él parece a propósito. Quizá le moleste el humo, pero éste disminuyó hace unos minutos, los pulmones pidieron tregua. Ella recibe su bebida. Da un sorbo mientras ve de reojo a quien la ignora. No hay respuesta, regresa a su sitio.

De entre todas las opciones que tiene para acercarse a él, elige la que le haría quedar en ridículo. Ella, que alguna vez juró nunca probar un



Joselo G. Ramos. Estudiante de la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha colaborado en *Punto en Línea*, *Crítica*, *La Soldadera*, *ACultura* y *Círculo de Poesía*, así como en los blogs *Efecto Antabus*, *Revista Marabunta* y *El Guardatextos*. Fue becario del Festival Interfaz-ISSSTE de Monterrey en 2017 y es miembro del Taller Literario “Los hijos de Alicia”. Es autor del libro de cuentos *Más inquietante* (Hijos de Alicia, 2017).



Foto: Mario Bojórquez

cigarro, ahora tiene que hacerlo para no irse con las manos vacías. Con excusa de buscar su labial, saca un cigarro del bolso de una de sus compañeras y una vez más se pone de pie, avanza. Conforme da un paso la densidad del humo aumenta. Está a punto de tocarle el hombro, a punto de que él voltee y vea el cigarrillo apagado entre sus labios.

Lo demás ocurrirá con naturalidad, una vez que ella comience a toser y él se dé cuenta de que tal vez nunca había fumado y de que su única intención era hablarle. Pero justo entonces la intercepta el chisteo constante de un encendedor que se convierte en llama temblorosa frente a su nariz. Un tipo de sonrisa estúpida le impide el paso, le acerca el encendedor al cigarro. Tal y como lo tenía pensado, ella comienza a toser.

El tipo del encendedor no pierde ocasión para tomarla por la espalda y preguntarle si está bien.

En cuanto se recupera, ella lo ignora. Vuelve a mirar hacia el sitio donde se encuentra el hombre, pero sólo descubre un cigarro a medio consumir en el cenicero. Se alarma. Mira con desesperación a su alrededor, la espesura del ambiente le impide encontrarlo. El tipo del encendedor continúa terco a su lado, interroga: *¿Vienes sola? Un amigo mío hace lo mismo, dice que si llegas solo a un bar sales con una mujer. Justo ahora lo acabo de ver salir junto con una muy guapa, aunque no tanto como tú.* Ella cierra los puños. Ofuscada, se sienta en el lugar vacío que dejó el hombre. Se resigna a tomar del cenicero el cigarro que era de él. Da una fallida calada. Luego, preparándose, busca otra oportunidad: *¡Ah, sí! ¿Y cómo se llama ese amigo tuyo? No lo vi, es fácil notar a un solitario.*

El tipo del encendedor sonrío, toma asiento a un lado de ella. Cree que es su día de suerte, que a partir de ese momento dejará de ser el conducto de las mujeres para conocer a su amigo. **Ⓟ**

Irene Ruvalcaba

Mexticacán, Jalisco, 1991

La Bruja

La naturaleza no hace nada en vano. El hombre es el único animal que posee la palabra, pensé, al mismo tiempo que escuchaba a Rebeca.

Rebeca era una mujer misteriosa, aunque dulce. Usaba un vestido gris y el cabello en un chongo descuidado.

—Sigo soñando muertos —dijo.

—¿Y ya sabes quiénes son?, ¿ya les puedes poner nombre? —le pregunté.

No sabía a lo que me enfrentaba, a pesar de que ya tenía más de diez años dedicándome a escuchar. Esta vez la conexión con Rebeca había movido muchas emociones en mi interior. Quizá por lo parecido de las historias. *Un hilito que atraviesa nuestros corazones, eso es la palabra*, pensé.

—Creo que ya sé quién es la Bruja... —dijo, y comenzó a llorar.

Algún tiempo atrás, Rebeca me había contado sobre la Bruja y el temor que le causaba. Siempre que soñaba con ella se despertaba en medio de la noche, incapaz de pronunciar palabras, se quedaba mirando el rostro de aquella mujer que ella misma había bautizado como la Bruja. Dejé que llorara. Hay momentos en los que es indispensable llorar, como las tormentas de agosto se desahogan de sí mismas y crean arroyos improvisados. En agosto se llevaron a mi papá y yo lloré mucho, tanto como las tormentas. Pero ahora, yo no podía decirle mis pensamientos. Ella lloraba y lo único que yo podía hacer, de acuerdo con el protocolo, era acercarle un *kleenex*.

Se limpió los ojos y la nariz. Me miró fijamente como quien va a decir sus últimas palabras.

Irene Ruvalcaba. Poeta y maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ganó el primer lugar del Premio Internacional de Escritura Femenina Fantástica “Felicia Fuster” en 2016 y fue becaria del Festival Interfaz-ISSSTE el mismo año. Es fundadora y coordinadora del Colectivo Líneas Negras.



Foto: Roberto Durán

—La Bruja, creo que es mi madre, se parecen tanto.

Ahora Rebeca estaba seria, militarmente, como presenciando un funeral. Cuando murió mi padre, yo tenía esa misma expresión facial, la expresión de quien sabe que la muerte es una señora muy alta, tanto que, si te pisa, te deja como estampilla.

—La Bruja es mi madre, pero ya no le tengo miedo —se tocó la cara, tomó un hondo respiro.

—¿Es que le tenías miedo también a tu madre?

—No, a mi madre no —respondió, luego se quedó pensativa un rato—. Creo que la Bruja no es precisamente mi madre —dijo con voz fuerte, pese a que su llanto aumentaba.

Volví a pensar en mi padre. En sus cicatrices, las operaciones, el olor a desinfectante. La negligencia médica. La muerte certera. Tomé un respiro lento, esperando que Rebeca no pudiera notar, mediante mi lenguaje corporal, mi tristeza.

—No, la Bruja no es mi madre. Es su enfermedad. ¡Su maldita enfermedad de mierda! —dentro del puño sostenía el *kleenex* con una gran fuerza, se pegaba en la rodilla, encorbaba el cuerpo y me miraba con furia.

Luego... Silencio. También de mi parte.

—Estúpida enfermedad, ¿por qué?, si mi madre era joven, tenía treinta y dos años y una niña de seis —continuó, tratando de terminar de hablar—. A esa pinche enfermedad no le importa nada. No, doctora, no le tengo miedo a mi madre, ni tampoco a la orfandad. Ni siquiera es miedo. Estoy enojada con la enfermedad de mi madre. La que hizo que su cuerpo se volviera huesos. La que le comió la sonrisa. Esa enfermedad que mojaba sus pantalones a diestra y siniestra.

Recordé el protocolo: *El profesional de la salud mental no debe mostrar lazos de afecto más allá de la relación terapéutica*. Rebeca me miró. Me tapé el rostro para que no notara mis lágrimas. Inútil. No pude hacer nada. Lloraba por mi padre, por la negligencia, por su muerte. Ella se puso de pie y me extendió sus brazos. Nos abrazamos un largo rato.

—También a mi padre se lo llevó la Bruja —dije, y solté una risita cómplice. ♣

Retrato de Alejandra Fragoso, tinta/papel, 35 x 26 cm, 2017

Eduardo S. Rocha

Tlaltenango, Zacatecas, 1991

Cantar a solas en el infierno

I

En mis sueños escribí una fábula amoral, donde los corderos bramaban como hombres y los hombres justos se complacían en romper lo que ya estaba roto; donde arrepentirse no era virtud sino conjetura de un mundo que surgió alterno, amontonado con el resto, en una suma de arrepentimientos, borradores y bosquejos, apilados en un purgatorio suplicante, en un osario de proyectos. La eterna medianía tuvo su realización en el silencio.

En ese mismo sueño vi una encrucijada donde se toparon un gato, una mujerzuela y el diablo.

II

Escribes una fábula amoral donde las sombras arrastran a los hombres, donde no hay piso tangible en un mundo, donde la materia es frágil y lo abstracto te desbarata con su peso.

El diablo, una meretriz y un gato se topan en una encrucijada:

—No soy bruja para poseerte —dice la mujer.

—Yo no regalo cariños ni arrumacos —es la respuesta del gato.

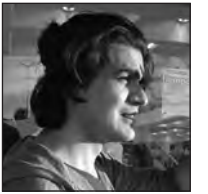
Y frente al desencuentro sólo maúlla el diablo.

III

Escribirán una fábula amoral donde los perros se comen al amo, donde el mayor bien será el agravio. La vocación del vulgo será el martirio y ser profetas su forma predilecta de onanismo.

En una encrucijada se toparán una meretriz, un gato y el diablo. La trinidad del credo negro, con el diablo negro, el corazón negro. La meretriz con su manto negro y su cabello negro perdido con el cielo negro y, en el suelo negro, el gato blanco.

Eduardo S. Rocha. Prosista y profesor de preparatoria. Licenciado en Letras y maestro en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha sido becario del PECDAZ en dos ocasiones, estímulo con el que publicó el libro de cuentos *Apocryphus* (Policromía/Instituto Zacatecano de Cultura, 2018).



IV

Pudiera escribirse una fábula amoral a manera de chiste, donde la enseñanza sería la risa y el absurdo; escribirse a manera de profecía, para ignorarla y aprender a fingir sorpresa; escribirse a manera de juego léxico. Cada palabra sería ella misma y otra más, para simular al antojo del lector, sometido a las reglas del entretenimiento, con tal de entender que en este juego nadie se divierte.

Las reglas son simples: uno es el diablo, otro la meretriz, uno más es el gato. Puestos en una encrucijada, los tres convergen en la disyuntiva de continuar su camino en compañía del menor de los males.

El gato no tiene dinero para pagar por caricias y es demasiado libre para ofrecerse a un señor que está acostumbrado a regir. Para el diablo, una vida de nueve le pone en desventaja a la hora de hacer tratos, y aunque está habituado a la lascivia, siempre es por compromiso. Para la mujer, el dilema es saber qué es menos carga: ¿una deuda vitalicia o un amor de nueve vidas?

V

Una fábula amoral escribe un sueño sobre nosotros. Ahí estás tú, estoy yo, y se nos une otro. En el ruido de la narración se me pierde el sentido y nos miro a través de sombras en un juego del escondite, donde dibujo contornos con el tacto para saber que nos circunda un fondo frío y no dar con el otro, ya que tampoco he dado contigo. El juego se ha prolongado demasiado y aunque ya no me escondo, no nos hemos revelado. En este lugar parecido a la nada aprendí cómo perder cuando gano. ●

Jesús Gibrán Alvarado Torres

Zacatecas, Zacatecas, 1992

El castillo de Atlante

*Già molti cavallier sono iti a quello,
e nessun del ritorno si da vanto:
Si ch'io penso, Signore, e temo forte,
o che sian presi, o sian condotti a morte.*

LUDOVICO ARIOSTO, *Orlando furioso*

Tomó la fotografía y, tiempo después, se dio cuenta de que Sofía Lago había estado ahí, al fondo de la imagen, perdida entre la profundidad del campo, antes de quedar sosegada dentro de sus pensamientos. Él trató de recordarla, como si eso pudiera acallar su estúpida *resignación* por tratar de borrar los detalles de su primer encuentro con ella, que ahora comenzaban a tomar sentido, justo cuando él estaba a miles de kilómetros y cuando pensar en ello ya no tenía sentido.

Aquella vez, durante la reunión de la Facultad, llevó su Nikon F3 para dejar constancia de la última velada

con sus compañeros antes de viajar a Londres. *Datemi pace, o duri miei pensieri*. Ahora, evocar sus mejillas resultaba sencillo si lo comparaba con tener que acomodar los sucesos de aquella noche. Trató de hilvanar los acontecimientos que lo llevaron a hurgar el cuerpo de Sofía. Se había dejado llevar y ahora sólo daba vueltas dentro de un laberinto.

En Londres se hospedó cerca de Dulwich Village. Por las tardes frecuentó Crossroads para beber una taza de té, para leer o charlar un rato con *miss Irene*, la dependienta, una anciana regordeta con un acento escocés que en ocasiones le dificultaba la cabal comprensión de sus anécdotas y que siempre terminaban con un ameno *cheers* entre Fuller's India en la barra.

Cuando encontró la fotografía en una de sus viejas libretas de apuntes se dio cuenta de que el deseo era un camino hacia la nada y de que sus intentos por retener a Sofía se habían esfumado. Quizá ella era tan sólo un fantasma o una ilusión, el hechizo que fue posible gracias al obturador y el diafragma al capturar un instante. ●

Jesús Gibrán Alvarado Torres. Licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado cuento, ensayo y reseña en medios impresos y digitales como *Abra Palabra*, *Barca de palabras*, *La Soldadera*, *Crítica*, *Tierra Adentro*, *Tachas* y *Todos juntos hacia un mismo fin*.



Sara Andrade

Zacatecas, Zacatecas, 1993

Un espacio de múltiples caídas

*How nice it is of me to be writing to you,
when you're not writing to me.*
Virginia Woolf a Vita Sacville-West,
julio de 1927

Llueve. Bajo hacia el punto acordado: de mi casa en el cerro a la avenida más concurrida del centro. Llevo el paraguas de mi madre, el de color menta y flores rojas. Parece que lo compró en alguna tienda china: no es resistente. No hace frío, a pesar de ser mediados de septiembre sólo llueve ligeramente de derecha a izquierda.

Quedamos de ir por un café a nuestra panadería favorita, cerca de Catedral. Luego ver una película o visitar la exposición de arte en el mercado de artesanías. Ningún plan definido. “Hay una película interesante en la cineteca”, dijo él. “¿Viste que tal persona estará en la exposición?”, contesté yo.

Para llegar a la avenida debo bajar un cúmulo de escaleras que inician en el límite de la iglesia y terminan en nuestro punto de encuentro. Digo cúmulo porque aquella calle empinada en partes tiene escaleras y en partes rampa, y desniveles para las cocheras de las casas. Así que los pasamanos aparecen y desaparecen. El callejón da la impresión de haber sido dibujado por Escher. Hacia el final, las escaleras se bifurcan: izquierda o derecha, en medio se abre un agujero que, por el sonido del agua que corre de manera constante, da paso a las alcantarillas.

Bajo las escaleras con cuidado. Recuerdo las luces de la ambulancia y la gente apiñada alrededor de un punto en el suelo: hace muchos años, una señora rodó por las escaleras hasta su muerte. Después, el Municipio renovó el callejón. Antes aquello era pura escalera.

En total son doscientos escalones de cantera, las esquinas desaparecieron y ahora dan paso a una redondez líquida que hace resbalar a los pies más avezados. Esos pies a veces son los míos. Me detengo frente al portón cerrado de la iglesia. Tengo las botas metidas en un charco negro que refleja con exactitud el brillo verdoso del paraguas satinado. Es temprano, él no llegará hasta dentro de cinco o diez minutos.



tinta/papel, 44 x 29 cm, 2018

Aquí me caí cuando tenía trece años, quizá unos pasos más al centro de la escalera. Iba tarde a misa de fin de cursos y corrí colina abajo sin medir el reducido espacio del escalón. El tobillo torcido, las manos en las bolsas del suéter. Caí de costado y me golpeé la cabeza en el filo de la banqueta. Recobré la conciencia entre los brazos de una vecina y los gritos de las madres que salían del templo. Hasta que llegué al hospital, me pude ver en el espejo. Me sorprendió la visión. En el baño de la sala de urgencias, tenía la cabeza empapada y medio rostro lleno de sangre que combinaba con el color vino de mi uniforme escolar, que olía a hierro. Parecía una heroína, una amazona. Ni siquiera me dolió. Nunca me había visto tan preciosa.

Cuando le conté mi caída, a él le resultó gracioso: “sólo a ti te alegraría partirte la cabeza en dos”, dijo. Le comenté que el escalón exhibió mi sangre durante tres días hasta que la vecina que me levantó lo barrió con agua y Pinol. “Fue el momento más interesante de mi vida”, agregué, fingiendo estar dolida. A veces, en la oscuridad de su habitación, pasa sus manos por mi cabeza y sus dedos se detienen un segundo en la cicatriz de seis puntos. En retribución, yo le beso la cicatriz que tiene entre los nudillos y que se hizo en una pelea. “Son iguales”, le digo. “Marcas de guerra.”

Sara Andrade. Egresada de la licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha participado en diversos concursos y diplomados literarios. En 2010 ganó el Concurso Nacional de Expresión Literaria “La juventud y la mar” y fue dos veces becaria del PECDAZ, en los rubros de cuento y publicación de libro inédito. Ha colaborado en la revista digital *Es lo cotidiano*. Su primer libro de cuentos publicado es *Orquídea de supermercado* (Texere/Instituto Zacatecano de Cultura, 2018). Blog: <sputnikan.com>.



Hemos bajado y subido esas escaleras muchísimas veces. A él le gustan. “Te veo en las escaleras”, me escribe por mensaje, y yo lo espero, porque siempre llego primero. A veces subimos a mi casa, o más allá de mi casa. A veces nos metemos al patio de la iglesia y nos sentamos entre el pirul y el nicho a la Virgen del Patrocinio. En seguida le cuento pedazos de mí: “Antes había una fuente. Aquí me bautizaron. Allá lanzaron las monedas. Caían a borbotones de las manos de mi padre, como chorros de agua plateada. Allá se levantaban las manos de los niños que se imaginaban gastando los pesos en jugos de naranja y galletas. Antes estaba lleno de ruido. Ahora sigue lleno de ruido, aunque sólo estamos tú y yo susurrando secretos.”

En alguna ocasión, él se tropezó en una rampa. Lo detuve del suéter antes de que cayera. “¿Qué haría contigo y tu cabeza partida en dos?” Reímos como tontos. Lo imaginé toda la tarde en medio de un charco de sangre. Aunque no era la misma imagen heroica que había visto de mí en el baño del hospital.

El agua del charco tiembla luego de que un grupo de mujeres baja las escaleras con prisa y se dirigen a la avenida. He soñado con aquel lugar también. De noche, la ciudad entera es mía. Sus techos, los parques y las copas de los árboles, los cerros y los callejones. Él y yo, sentados en las antañas escaleras. Sereno, él dice: “No podemos vernos más” y yo no lloro. En el lugar de su cara se abre una oscuridad más densa que la noche que nos rodea. “¿Te acuerdas de la vez que viajé por la ciudad hasta tu ventana y toqué quedito para que no te

asustaras? No podía dejarte de ver, aunque quisiera”, le digo. A veces sueño que bailamos y que la música sale de entre las piedras. A veces no somos nosotros: tenemos otros rostros, otras vidas, y nos encontramos en aquel punto medio, uno subiendo, el otro bajando.

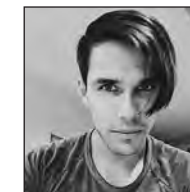
Aunque la pregunta es siempre la misma: “¿Qué harías si no fuera yo y no fueras tú y nos encontráramos?” Él responde que posiblemente nada, porque no nos conoceríamos. Yo le aseguro que aquello que compartimos tiene la misma consistencia que alguna fuerza elemental, que si nos guarecemos en la idea de unas escaleras como nuestro espacio habitable, estamos destinados a algo más que a una relación que algún día terminará. Entonces escogemos esquinas entre edificios, balcones que dan a la ciudad, árboles que florecen con el tiempo, tomo todos los lugares donde guardarnos como gorriones con frío.

Lo veo doblar la esquina. Fuma, a pesar de la lluvia. Lleva el cabello mojado. Si me ve bajo el paraguas verde, a un lado de la iglesia, finge que no y se recarga en la pared. Arroja la colilla hacia la alcantarilla, yo bajo con cuidado. La escalera se abre en dos. Él está del lado derecho. Tomo el lado izquierdo para sorprenderlo de frente, pero él sube las escaleras. Grito su nombre, desde abajo. Voltea, confundido, irritado. “¿Qué piensas, eh?”, me interroga, quizá sin querer, mientras vuelve a bajar. Me quito el paraguas de encima, pienso en dárselo para que no se moje. “En la gravedad”, respondo. ●

Luis Vital

Zacatecas, Zacatecas, 1995

Luis Vital. Egresado de la licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha colaborado en *El Diario NTR*.



Historia de una bala

Existir bajo la orden del coronel Erwin König ha sido una dicha y placer que agradezco sobremanera. Previo a mi actividad en guerra escuché que había sido director de la escuela de francotiradores de la SS. Por ello, y con justa razón, su puntería era escalofriante. Estar en sus manos ha sido el acto de azar más gentil que pudo haber sucedido en la Segunda Guerra.

El viaje hasta Rusia ha sido extenuante y frío, muy frío. Además, todavía falta poco para llegar al centro de la ciudad, donde nos espera un ejército pintado en rojo, preparado con cañones, jaurías de tanques VI, presto a acribillarnos con docenas de armas ligeras posicionadas en lugares que, con suerte, sólo Erwin König lograría detectar, y destruir. No obstante, no podíamos detenernos en nimiedades. Nuestra misión no consistía en matar tantos como fuese posible antes de partir a aquel lugar donde el hierro y la plata se funden. Nuestro objetivo era más complicado y peligroso: debíamos destruir un escuadrón de francotiradores que respaldaba a todo un cuerpo del ejército soviético. Cerca de cuarenta y cinco mil soldados nos esperaban con justificada rabia. Pero su aparente furia no se demostró cuando lanzaron los primeros disparos, que no fueron más que patéticos.

Lo primero que debía preocuparnos era cruzar media ciudad sin ser descubiertos. Con ello, lo único que nos inquietaba era que el coronel perdiera el control de sí, que vacilara. De ser así, algunos de nosotros perderíamos la vida sin haber tomado

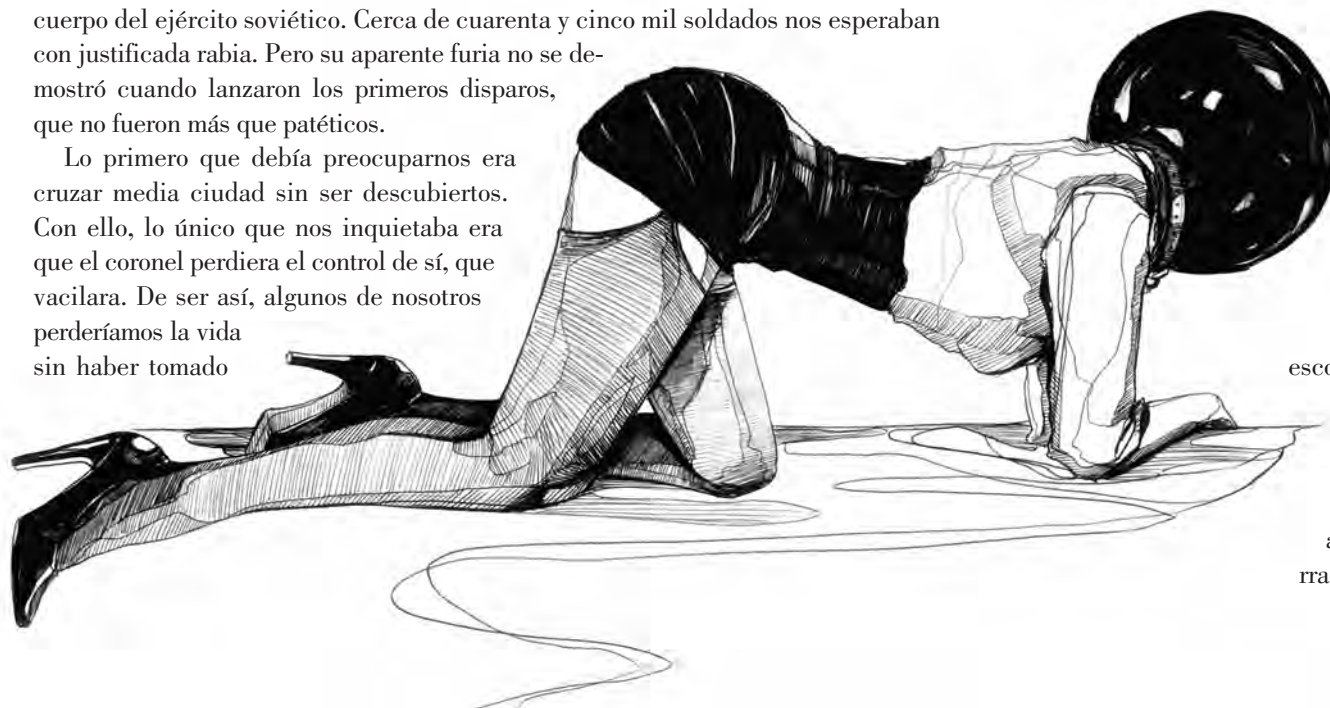
algún suspiro enemigo en pro de nuestro sacrificio. Siento al coronel sujetando el arma con telescópica y, dentro de mí, corre una certeza enérgica que me invita a morir sin temor.

Con paso rápido, tomando cobertura de un tanque noruego, pasamos primero un bosque colmado de nieve. Luego nos enlodamos en las entradas de la ciudad. Hasta ahí nos habíamos tomado el tiempo para entrar con sigilo y sosiego, a fin de asegurar la misión. Cuando el lodo se secó, nos dio a todos una sensación de asco y frescura. Al llegar al primer punto de batalla vi algo indecible, un reflejo de la mirada de Dios a través de Satán. Balas chocando contra los muros, granadas explotando sin ritmo, brazos por aquí, piernas por allá, unos soldados ardiendo por un lanzallamas, otros congelados. Vi que un soldado ruso tomó a uno de sus compañeros como escudo y no lo soltó hasta que quedó hecho trizas, después lanzó una risa loca y nos disparó sin reparo la munición que le quedaba. Dos minutos después estaría tendido junto a aquel que utilizó como escudo.

Siempre estuve acostumbrado a romper el sonido, quizá por ello la parte más complicada fue la sordera que me causaban las explosiones. El coronel hasta ahora la había pasado sin inconvenientes. Dio una orden que provocó un agobiado lanzamiento en el que diez de los nuestros embistieron con certeza, sencillamente porque Erwin König así quiso. Mis compañeros lograron completar lo ordenado y consiguieron soltar apaciblemente vaho rojizo.

Somos balas. La manera en la que fuimos preparados podría dar una pequeña pista de lo poderosos que éramos. Los que nos moldearon para la guerra nos decían (esencialmente a nosotros, pues éramos una fuerza especial en formación) que nuestro *Sinn und Existenz* lo encontraríamos escondidos en latido enemigo. Enterrados en sus entrañas apreciaríamos y sabríamos que nuestra existencia no fue insustancial.

Avanzamos con mucho esfuerzo un par de millas al centro de la ciudad. Ahí nos instalamos en un viejo reloj, donde teníamos vista a un jardín lleno de soldados rusos moliendo a los nuestros sin compasión. Nosotros, desde arriba, pagaríamos las deudas. Debo confesar que me sentía preparado; aterrado, sin embargo. Mi admiración por el coronel crecía al tiempo que disparaba



tinta/papel, 29 x 44 cm, 2017

Diana Isis del Hoyo Cortés

Zacatecas, Zacatecas, 1996

su arma, y yo, ansioso por ser utilizado, casi me desmayo por guardar el aliento junto a él.

Después de una hora de combate la situación cambió. Comenzó a nevar, el ambiente se tornó más tenso y el ruido apagado que provoca la nieve se volvió insoportable. En algún momento un copo de nieve cayó sobre el hombro derecho del coronel Erwin König, quien enseguida se estremeció. En ese instante tuve miedo, supe que él se sentía mal, ya fuera porque no podía observar bien o porque el aire ruso tenía un efecto paralizador. Entendí que estaríamos en peligro si no avanzábamos al oeste, flanqueando. Parecería que el coronel me robó el pensamiento porque cogió su arma y, diciendo un *vamos* terriblemente denso, áspero y bajo, nos obligó a salir a campo abierto, aun sabiendo que ahí no seríamos tan eficaces como viéndolo todo desde arriba.

Cuando bajamos me di cuenta de que era el último y por ende el siguiente, y ahí permanecería presto a la indicación de su dedo. En medio de una emoción terrible, ajeno a mi deseo de muerte, un zumbido hermano llegó ligero y ágil al hombro del coronel, quien cayó herido. Desde entonces, los instantes se tornaron tiempo inefable.

Yo estaba ahí, triado, con la esperanza de pronto ser utilizado. Arrastrándose, el coronel logró llegar a la choza en ruinas. *Sólo uno faltó*, me dijo, *vendrá por mí*.

De pronto, un hombre alto, quien supongo era Vassili, el último francotirador soviético que debía morir para finalizar nuestra misión, apareció sin armas. Tomó la telescópica del coronel y la apuntó tranquilamente a su corazón.

El coronel estaba recargado en la pared trasera de la choza, que ya era poca gracias a las repetidas explosiones que soportó antes de que llegáramos. El coronel no podía incorporarse. Ahí estaban los dos mirándose con odio, un odio que sólo se fermenta entre grandes competidores. A los pocos segundos Vassili recargó el arma con un movimiento rápido, dispuesto a dar fin al juego de francotiradores.

Yo desesperé tanto que mi impotencia se tradujo en un renegado grito de incompreensión de mí mismo. Ambicioné detenerlo, pero en manos equivocadas me era sencillamente imposible. Esperé con mi plata alma, apesadumbrada y cansada, y me lamenté por la suerte de aquel que admiraba.

Vassili me mantuvo un momento dentro del cargador. Me disparó contra Erwin König. Éste se quejó levemente, y cuando respiré en su corazón, al traerle la muerte, ambos suspiramos por última vez. ●

El sereno

Perderte, escuchar el silencio. No, un graznar. Alas negras alzando el vuelo. Convulsiones, frío helando, calor ardiendo. Brujas, brujas, la vieja las espantaba. Fuego y atardecer. Blasfemar y escupir en las tumbas. Dejarte, sí, porque hiela de noche y se apagan las estrellas. Luna llena, tobillos que duelen, almas cansadas, en pena. Como la pena de abandonarte, escupirte, de no necesitarte más. ¿Escuchas? Se perdieron, se los comió la bruja y se los tragó la tierra. Secándose y pudriéndose. ¿Recuerdas? ¿Al fuego fatuo bajando por la montaña y al sereno cruel, calando hondo en los huesos? No preguntaron más por ti, ni te necesitaron, como yo al menos. Volver la mirada, ver el sol nacer. Igual que aquel parto. Gritos. Nunca cerraste la boca, los cuervos tampoco. El dolor que no cesa. Heridas que no cicatrizan. No pactamos con la bruja. De todos modos no volverías. Me odié sin piedad. Maldije la tierra. Los hombres de paja vociferaron desprecio. ¿Aún piensas en eso? Clamaba el despertar de las som-

bras. La montaña nos llamó. Las brujas murmuraron. Una alerta imperceptible de peligro. No hubo cuervos ese día. Sangre. Impotencia. Cansancio. Tomar tu cuello. Forcejeo y despedidas. Juro que me odié sin piedad. ¿Recuerdas? Nos decían que no fuéramos. Pero tú corrías, tan vivo como el sol. Te seguí sin remordimiento. No seguir a las brujas. No entrar en su trampa. Estar alerta de los hombres de paja. Que te miran y te apresan. No había cuervos ese día. No crujían las ramas de los setos. Nos salimos del camino. Grité que volvieras. Y volviste. No eras el mismo. Ojos sin luz. Quijada rota. Me asusté. Ahora sí alzaron los cuervos el vuelo. Perecía el sereno. Entonces los hombres de paja me hablaron, esos que ahuyentan a las aves y no las dejan volver. Y lo supe: debí pactar con la bruja, pero me resistí. Te deseé como antes, por eso no tuve de otra. Y no sé si el diablo me lo perdonó. Porque aquí abajo sólo calan los huesos y ya nadie huye del sereno. ●

Diana Isis del Hoyo Cortés. Estudia la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Participante de diferentes talleres de creación literaria, como el coordinado por Javier Báez. Es miembro del consejo editorial de la revista *Barca de palabras*.



Nathalie Fabela Enríquez

Zacatecas, Zacatecas, 1996

Nathalie Fabela Enríquez. Estudiante de la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado ensayos y cuentos en la revista *Barca de palabras*, y forma parte del consejo editorial de la misma. Ha colaborado en los suplementos culturales *La Soldadera* y *Crítica*.



Melodía

En peores circunstancias se había encontrado, aquella desgastada casa era su mejor aposento en mucho tiempo. Sólo tenía una habitación debajo del angosto y débil ático. El techo era frágil, en cualquier momento la madera interrumpiría su rechinado y caería sobre él. Las paredes retenían el agua que hubiera sido útil en el caprichoso drenaje, y con ello se creaban manchas amarillas y se inundaban los agujeros de los muros. Aun así, él conservaba la fuerza suficiente para llegar del trabajo, sentarse frente a la máquina de escribir y redactar su novela. Tras la pérdida de los dos últimos avances durante la mudanza, dedicó las primeras noches en su nuevo hogar a transcribir apuntes y a agregar frases irónicas.

Pero la velada en que retomó el curso de la narración empezó su tormento. Esa noche, lanzó el sombrero y el abrigo a la silla que conformaba su sala, y se dispuso a escribir. “La señorita Muñoz desvió la mirada, tratando de evitar un posible mal de ojo...” De repente, un ruido distinto a la presión sobre las teclas interrumpió la quietud. Intentó seguir concentrado en el borrador, pero al volver a teclear, el golpeteo regresó. Pensó que el sonido provenía de la entrada. Abrió la puerta, no había nadie. Extrañado, dejó la novela para el día siguiente. Estaba agotado. Su cerebro debía producir ese ruido como protesta.

La siguiente noche se obligó a resistir un poco más tomando café. Sin embargo, el extraño sonido llegó más rápido de lo que demoró en preparar la bebida. Ni siquiera había desenfundado la máquina de escribir cuando los golpes daban su ensordecedor



concierto. Buscó por la habitación, esperando encontrar una rata o alguna gotera que pudiera ser la causa del estrépito. No descubrió nada. Entre su ropa no había más que polvo. Las cajas de zapatos estaban ocupadas por las cintas de tinta que usaría para escribir su novela. Tras el espejo sólo había un orificio donde guardaba el dinero con el que pensaba pagar la encuadernación del libro. La cama, el buró y el resto de la habitación conservaban el rutinario desorden.

Como si el sonido entendiera su búsqueda, aumentó el volumen de los golpes. La tranquilidad del cuarto le hizo suponer que el origen de los ruidos estaba en el ático. Tomó la escalera y, sin importarle las telarañas, subió hasta el último escalón y empujó el acceso al techo. Entró al ático, inclinándose lo suficiente para no golpearse la cabeza. Jarrones rotos, vajillas oxidadas, fotografías en blanco y negro, vestidos empolvados, libros viejos y un fuerte olor a humedad atestaban el espacio. Detrás de una ventana casi tan grande como la pared, estaba una criatura pequeña de ojos oscuros, cubierta por suaves ondas negras. Frente a ella, el vidrio tenía varias raspaduras, su pico parecía unido al vidrio mediante un resorte. Los golpes eran obstinados.

Él intentó alejarla con un puñetazo al cristal, lo que le produjo una sensación de hormigueo en la mano. La criatura se detuvo y lo miró a los ojos con una anormal humanidad, era el brillo de alguien que ha reconocido a su semejante. Intrigada, contempló al hombre que se frotaba una mano, como la que ella tuvo tiempo antes. Los ojos de él reflejaban cansancio, exasperación, su cabello y piel eran cobrizos,



Retrato de Estrella Benazir
Faya Atilano, tinta/papel,
28 x 21 cm, 2017

miraba a la criatura con expectativa. Ella sólo pudo volver a golpear la ventana.

Rendido, él optó por ignorarla e irse a dormir. La novela quedó en una frase al aire, demasiado vaga para el inicio de un capítulo. “No había mayor contraste en una mujer. Sus rizos eran oscuros, mientras que su piel relucía de blancura...” Bajó las escaleras y cayó en su cama, aún le quedaban cuatro horas para dormir. Se quitó la camisa y el cinturón, se cubrió con la única cobija que tenía y cerró los ojos. El sonido volvió y lo obligó a sufrir un insomnio que parecía interminable.

Llegó el día en que su escritorio se convirtió en cama. No podía evitarlo, los ruidos eran cada vez más potentes y le producían un cansancio inocultable. El café era su único remedio. Los dientes se le pintaron de amarillo. La tubería insistía en darle sólo el agua necesaria para lavarse el cabello. Los pendientes se acumularon debido a su mala memoria y la obstinada jaqueca. La vida se le derrumbaba poco a poco. Debía encontrar la manera de detener semejante calvario.

Esa noche se dirigió al ático. La criatura estaba fuera de sí. Cuando se acercó al vidrio comenzó a picotear el marco de la ventana, como si deseara entrar. Al mismo tiempo, parecía ulular pausadamente como si quisiera comunicarse con él, confortarlo. Sus pupilas invadieron con curiosidad el oscuro terreno de su iris al ver que la persona ante ella sostenía un arma larga. La sorpresa desplazó la intriga de la pequeña concertista y la hizo intentar armonizar los golpes. Tal vez eso tranquilizaría a su oyente.

¿En realidad ésa era la solución? ¿Por qué sacrificarse, abandonar su vida, su novela, darle gusto a la horrenda criatura! ¿Era ella la verdadera culpable, la que había consumido la última gota de su paciencia! Cuando disparó hacia la ventana, el hombre

se golpeó con el arma en el estómago. Un dolor agudo lo lanzó al suelo. Consiguió hincarse y ver a través del vidrio. La ruidosa criatura yacía sobre el alféizar.

La victoria no le provocó ninguna alegría. En cuanto recuperó fuerza, bajó a la habitación. Consiguió dormir con el sonido del viento como arrullo.

Al día siguiente terminó todos los pendientes posibles. Recordó que su novela no había avanzado desde que empezó esa pesadilla de los golpes en la ventana. Estaba dispuesto a continuar, el mayor obstáculo ya había sido eliminado. Llegó a su casa al final de la tarde, preparó café y fue gozoso al rústico escritorio donde lo esperaba su máquina de escribir.

“Su niñez había sido marcada por el ataque de un animal que, con un diabólico picoteo, había desordenado sus negros caireles...”, escribió con euforia. Las faltas de ortografía o el espaciado eran lo de menos, ya se encargaría el editor. Al terminar el capítulo decidió tomar un descanso para releer el texto y anotar los errores de redacción. Un sorbo a su bebida fue interrumpido por un súbito golpeteo. Derramó el café al caer de la silla. Sus ojos miraron temerosos el techo. Intentó convencerse de que la rutina lo engañaba, pero el estrépito comenzó a repetirse con una insistencia aterradora.

La criatura había enloquecido, golpeaba la ventana por todas partes, soltaba chillidos similares a una risa siniestra. El agujero que atravesaba el vidrio no significaba impedimento, se conformó con usar el resto del cristal para cumplir con su acostumbrada tarea. El hombre corrió a su cama, tapó sus oídos y se escondió bajo la cobija. Mordía la almohada tratando de concentrarse en el sabor a suciedad, pero unas plumas sueltas terminaron por atragantarlo y ocasionarle tos.

Desechó la idea de continuar con la novela, se conformaba pensando en los pormenores, anotaba garabatos en una libreta de taquigrafía sobre nuevas opciones para la historia. “El maleficio debía atormentarla, recordarle un sufrimiento verdadero...” Se volvió paranoico: todo le recordaba el indeseable sonido irritante y grosero. Parecía imposible deshacerse de la criatura. Si una bala había sido inútil, él estaba perdido.

Una noche de agobiante insomnio, el estrépito le consumió la última gota de cordura. Subió, lleno de coraje, al ático. La criatura golpeaba el vidrio. Con voz seca y suplicante, el hombre reclamó todo lo que la fragosa tortura le había arrebatado. Lamentó

que su libro, la única oportunidad que tenía de salir de ese cuartucho, hubiera muerto. Su vida misma era un infierno. Era imposible retener las lágrimas, su humillación ante la criatura fue la menor de sus preocupaciones. Ella sintió pena por él e intentó consolarlo con todo el cariño que el ruido, proveniente de sí misma, le permitió.

La velada siguiente, el hombre entró silbando a la prisión de su hogar. Lanzó con teatralidad su abrigo y el sombrero. Comenzó a tararear una extraña canción, imitando la melodía de su tormento. Se preparó un café con los últimos gramos que quedaban en el sobre, lo bebió a pesar del nulo sabor. Siguió tarareando mientras contemplaba la estancia. De repente, vio el calendario y advirtió que sólo había pasado un mes desde su encuentro con la ruidosa criatura. ¡Un mes que parecía haber durado un siglo! Soltó un suspiro de asombro, inesperadamente alto. ¿Qué era eso que se escuchaba? ¿Silencio?

Aguzó el oído, no se oía nada. Permaneció atento por cinco minutos. ¡No había ruido! Una risa histérica brotó de su ser, interrumpiendo la sorprendente quietud. Guardó silencio. Era un tesoro tan valioso como para atacarlo con su inesperada alegría. Por un momento sintió la necesidad de hacer algo, ¿sufrir, morder la almohada, gritar? Buscó la respuesta alrededor. Sus ojos se detuvieron frente a la máquina de escribir. Tomó su cuaderno, desenfundó la máquina y comenzó a teclear con placidez. “La señorita Muñoz contemplaba su nueva, su inesperada forma corporal...” Las hojas se iban acumulando, el tiempo perdido se recuperaba segundo a segundo, letra a letra. Desarrolló hasta el último apunte, pero sentía que aún había más historia por contar, él podía seguir escribiendo.

Hizo una pausa. Se levantó y se recargó en la puerta. Era una velada magnífica, la luna resplandecía con plenitud, el aire era fresco, la posibilidad de escribir su novela lo animaba. Por primera vez en mucho tiempo, pensó que al fin podría publicarla, vivir con dignidad. Sin embargo, el ánimo y la esperanza recuperados se esfumaron cuando, la noche siguiente, la criatura anunció su regreso con el acostumbrado sonido. Dirigió la mirada hacia la entrada del ático. Ahí estaba ella, con un gesto extraño, de confusión.

El hombre siguió escribiendo apuntes para resistir la tortura. La luna llena de octubre lo puso de buen ánimo, tarareó melodías con el ritmo que antes le parecía ensordecedor. Buscó su máquina de escribir, que había abandonado, mas no conseguía

encontrarla. Tras lanzar la ropa, el colchón y la emplumada almohada, decidió buscar en el ático. Entró desesperado. Escrutó los rincones guiado por la luz nocturna. Movié las cajas que estaban debajo del alféizar, donde finalmente la encontró. Un bucle negro reposaba encima de ella. Lo tomó, extrañado.

Cuando alzó la vista dio un salto al advertir a la criatura sentada del lado externo del cristal. Su piel era como el mármol. Las esferas de sus ojos estaban teñidas por la noche. Oscuros y largos rizos le cubrían el cuerpo, desde el pecho hasta la punta de los pies. Respiraba como un niño asustado, miraba como un bebé que conoce el mundo por vez primera. Un sonido ululante brotaba de su garganta. Su nariz parecía martilleada. No obstante, el arrobó absorbió el corazón del hombre.

Con un suave ritmo, la joven golpeó el ventanal, sin lograr reprimir una sonrisa. Su mano seguía sobre el cristal, justo donde había golpeado la oscura criatura. Él imitó su gesto y, como si fuera a tocar una galaxia, extendió su cobrizo dedo para repetir el sonido. La miró. Su boca reveló un color que contrastaba con el cabello que cubría su rostro: una luna creciente. Durante toda la noche tocaron un concierto de rítmicos golpes en el cristal, como la lluvia que reclama ser admirada.

El día siguiente fue más que un siglo para él. El recuerdo de la criatura ocupó su mente cada eterno segundo. Comenzó redactando un artículo para el periódico y terminó realizando bocetos de ella, la dulce criatura nocturna. Los pegó con tachuelas, llenó cada espacio de la pizarra para admirarlos el resto de la tarde. Al terminar la jornada se dirigió con rapidez a su cuarto. Subió sin cuidado la escalera, se acercó a la ventana. Su emoción fue reemplazada por la sorpresa. Del otro lado se encontraba ella, tenía los ojos tristes, parecía avergonzada. Él se acercó, confundido y apenado.

Se miraron a los ojos; los de él rodeados de piel, los de ella rodeados de plumas. Con un brillo similar a una lágrima, acercó el pico al vidrio y golpeó con suavidad, formulando una pregunta indescifrable para el oído humano. Él respondió con leves, rítmicos golpes, sin entender lo que decía con ellos, convencido de su decisión: fuese ave, fuese mujer, se uniría a ella en el sonido de una melodía eterna. ❶



tinta/papel, 28 x 11 cm, 2017

Lizeth Alcantar

Zacatecas, Zacatecas, 1997

Giraluna de Van Sau

La iglesia de fachada tétrica y grandes ventanales es por mucho el orgullo del cabalístico pueblo. En un inicio no comprendí por qué me habían asignado a este caso; sin embargo, a medida que me acerco al templo y noto el pavor inusual con el que mis compañeros de la estación realizan sus tareas, comúnmente mecánicas, termino por entenderlo. La luz cálida del amanecer que inunda despacio la tierra parece desaparecer cuando penetro en el recinto. Dos pasillos angostos me dan la bienvenida, el oficial que me guía indica en silencio cuál es el camino correcto, mientras se queda rezagado. Avanzo alrededor de seis metros en completa oscuridad y sé que llego al final porque una luz roja se filtra por la rendija de lo que sospecho es una puerta. Al otro lado no se escucha ningún ruido. Me hace suponer que adentro sólo estaré yo y la escena de algún asesinato.

Empujo la puerta con el entusiasmo que me provoca la curiosidad y momentáneamente quedo ciego por una cresta de aquella luz roja. No advertí que la iglesia también cuenta con ventanales en la parte trasera; pero ahí están, frente a mí, a espaldas del altar donde el párroco da los sermones. Los ventanales abarcan prácticamente toda la pared y, a medida que sale el sol, la luz se vuelve más intensa, tanto que siento que he descendido al infierno. Me obligo a concentrarme y avanzo hasta que mis ojos logran adaptarse. Lo que ahora veo no deja de estar cerca de la entelequia.

A primera vista la mujer no parece real, pocos advierten que es voluptuosa carne y deleznable huesos,

y sólo admiran una obra de arte de miembros plásticos, que parece inspirada en la caída de Lucifer. Incrustados en el techo de la iglesia cientos de cables plateados caen en cascada. Es fascinante la manera como los cables envuelven sus delgados brazos desde el omóplato hasta la muñeca para que no toque tierra. Siete de ellos se enrollan en su cintura como hiedra, como alicantes que se deslizan por sus caderas en dirección al pubis. Las piernas cruzadas cubren con pudor su sexo. Hay algo herético en sus nalgas de estatua calipigia. A los senos no los toca ningún cable, pero a las piernas y pantorriillas casi no les queda espacio sin ellos.

A muchos debe perturbarles que esté desnuda, pero no es lo mismo la desnudez en el arte que la desnudez en un cadáver, y así como no se puede vestir al mármol, tampoco a su lozana piel plastificada. ¿Qué tan viva continúa la carne bajo esa resina? A pesar de mis bríos por examinar la totalidad del cuerpo, mis ojos insisten en regresar al punto central de la obra: las alas. Todos en esta parroquia, estoy seguro, saben por qué tres pares de alas. Yo me esfuerzo en entender.

En sus cuatro metros de largo, de punta a punta, cada ala está hecha de plumas y pétalos alargados de apariencia diáfana, como si miles de hadas, libélulas o águilas hubieran sido mutiladas. Las alas parecen nacer de la carne antes viva y nutrirse con la sangre que ya no corre por las venas. No logro comprender cómo es que alguien tuvo el valor de perforarlas con los cables. Ciertamente los cables sostienen las alas en posición ligeramente diagonal, como si el ángel caído aún intentara aletear, elevarse. De pronto, mi propio cuerpo me desobedece. Siento que algo falta en mí o, más bien,





que yo faltó en mi cuerpo. Viajo en retroceso por el aire. En un instante revivo días, semanas, meses, años. Me detengo en un sueño que creí olvidado.

Sentados en un jardín veo a un niño y una niña, son gemelos. Ríen mientras pasan las hojas de un libro sobre flores, no se detienen demasiado en ninguna y a cada momento se escucha la frase: “Ésta no es la que descubrió papi, ¡cambio!” Pasan de página al menos diez veces hasta que, con gran emoción, se detienen en la fotografía de una flor de aspecto insólito. Es similar a un girasol, pero los pétalos parecen las alas de una libélula, alas cristalinas, con grietas y bifurcaciones, el flósculo es de un azul pálido, igual de cristalino que los pétalos. La niña es la que está más emocionada. Lee con asombrosa rapidez el texto que acompaña a la fotografía. El niño pide con insistencia a la hermana que comparta la información. La niña lee:

—La giraluna sólo florece durante la luna llena y cuando ésta llega a su fin, las flores se irán atrapadas en la red de araña que la luna trae en la espalda. Hablando de redes, debe usted saber: lo que realmente importa en una giraluna es el flósculo.

—¡Papi escribe bonito! —declara el niño.

Ambos ríen y alaban a su padre como el gran descubridor. Son niños felices. El resto del sueño lo vivo al regresar a mi cuerpo. En mis párpados las imágenes se proyectan como en un viejo cine. La niña se obsesiona con aquella flor. Cada día, cada año se vuelve más experta en el mismo campo que su padre hasta que llega el día en que su padre la llama “Mi Giraluna”.

Abro los ojos. Examinó el rostro de la mujer; la sonrisa traviesa conservada para siempre por el duro plástico, los pómulos sobresalientes, los ojos... sustituidos. Había rehuido estudiar el rostro, ahora no me queda opción. Veo los ojos de la mujer plastificada y advierto su palpitar, su tenue iridiscencia. En ese momento, entra uno de los peritos, trae consigo

Lizeth Alcantar. Estudiante de la licenciatura en Letras en la Universidad Autónoma de Zacatecas.



evidencia recién recopilada. Observo que el perito evita mirar el cuerpo de la mujer. No dice nada. Me entrega un par de guantes de látex, una carpeta con lo que supongo es un primer informe y una bolsa que dentro tiene lo que parece una carta.

—¿Una nota del asesino? —interrogo, esperando que confirme o desmienta mi teoría, pero sólo se marcha en silencio.

Primero abro la carpeta: hora de la muerte, material con el que fue plastificado el cuerpo, edad de la víctima, etcétera, omito casi todo hasta que encuentro lo que busco. En efecto, a sus ojos los sustituyen un par de giralunas de Van Sau.

Con atención contemplo nuevamente las flores en los ojos, los pétalos en las alas. Mis puños se aprietan con fuerza, arrugan el contenido de la carpeta. Siento como si mis manos fueran de plástico. Por un momento creo que me he vuelto de plástico al igual que la mujer. Miro mis manos, tengo puestos los guantes de látex. ¿A qué hora me los coloqué? En mis manos sigue la nota. Desecho los otros papeles y abro la bolsa para extraer el contenido. La carta está dirigida a mí. Admito que no me sorprende. Leo el frente del sobre: *Detective Alastor Antara*. El remitente es la mujer que yace muerta, convertida en obra de arte, frente a mí. Sin perder más tiempo rasgo el sobre y leo los tres párrafos de la carta:

Todo este tiempo he deseado conocerlo en persona, Alastor. Me agobia que nuestro primer y único encuentro se dé en estas circunstancias, pero no me queda más remedio que aceptar los hechos. Usted, claro está, no me conoce y por ello lo que le pediré sonará descabellado,

pero sé que no dudará en aceptar. Primero que nada enfóquese en mis ojos o, mejor dicho, en las giralunas. ¿Percibe las dos cuchillas en las puntas de las alas cercanas a mi rostro? Sí, están cubiertas de sangre. Los serafines tenemos tres pares de alas, las superiores nos ayudan a proteger los ojos de la luz divina que emana Dios. Pero para mí, que por caer a la tierra estoy privada de ella, sólo puedo volver a usarlas de manera patibularia.

¡Oh, Alastor!, sólo usted puede comprender, de todos los presentes sólo usted no desestimaré mis actos llamándolos locura. Imagino que ya sabe que fue un suicidio. ¿O aún no lo ha descubierto? ¿Esperaba acaso una horrible escena de muerte? Le aseguro que no parezco real. Vaya, incluso me veo atractiva, deseable. Le pido disculpas si me he adelantado a sus deducciones, imagínese que lo sabría por su hermana. ¿No tenía ella los mismos ojos?, ¿no hizo lo mismo que yo? Ella también se extrajo los ojos de las cuencas para acallar el tormento.

Claro que conozco su historia, mi querido, no debe sorprenderse, como si no lo hubiera yo encontrado a usted. ¿Siente ya que está reviviendo una vieja pesadilla? Es momento de volver a dormir, detective. Ya saben lo que hice y lo que ella hizo. Por lo tanto, a usted debo demandar: encuentre esos ojos, Alastor, aquellos que su hermana se arrancó, de los que yo me deshice. En el mundo no hay suficientes giralunas para sustituir los ojos perdidos. Vengue a la hermana que le fue arrebatada, como yo le fui arrebatada a la mía; pero, sobre todo, encuentre al que ordena a los ángeles que se maten. P

XIV y XV Concurso de Crítica Teatral *Criticón*
/ Teatro UNAM



140: una actualización hacia el teatro 2.0

Luis Javier Maciel Paniagua

RESEÑA GANADORA DEL CONCURSO XIV

140

Dirección: Richard Viqueira

Foro Sor Juana Inés de la Cruz, Centro Cultural Universitario

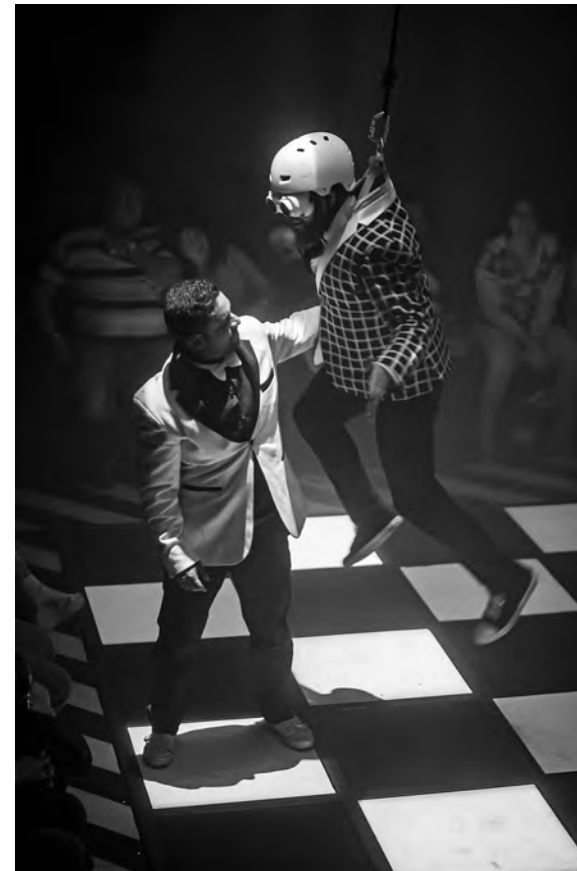
Temporada del 10 de noviembre al 10 de diciembre de 2017

Un cuestionamiento que ha surgido en diferentes mesas de debate en nuestro país es si el teatro, o las artes escénicas en general, tienen bajos niveles de audiencia debido a la afición de los humanos de nuestro siglo a las tecnologías de la información. Los hábitos de los espectadores se han modificado: cada vez es menos necesario que los habitantes de las grandes ciudades abandonen sus hogares para entretenerse... ¿Qué tenemos que hacer para motivarlos a abandonar la fiesta de las redes sociales? ¿Cómo hacer que vuelvan a interesarse por el teatro?

140 de Richard Viqueira propone localizar en otra parte el origen de la creación escénica: Twitter. Es por ello que le solicitó a cincuenta de los dramaturgos más reconocidos de México escribir una obra sin sobrepasar los ciento cuarenta caracteres permitidos en esta plataforma. El resultado fue un conjunto de tuits que extrapolaron los fundamentos de la dramaturgia a un lugar donde las opiniones, el entretenimiento y la inmediatez dominan sobre los demás contenidos.

Este montaje procura lo lúdico sobre lo normativo, la experimentación sobre los fundamentos de la escena: un enorme y particular tablero de ajedrez, el cual funge como analogía de la práctica teatral. Mientras que un tablero común está conformado por sesenta y cuatro casillas —ocho por lado—, el tablero que trae a escena Viqueira es de cien casillas, diez por diez, similar al propuesto por José Raúl Capablanca, uno de los mayores genios de este deporte, para evitar el aburrimiento y la repetición de patrones. Con el aumento de las casillas, así como con la suma de dos piezas nuevas al ajedrez común, el resultado era un deporte nuevo, impredecible, donde no bastaba con estudiar fórmulas, donde la guerra sobre el tablero se alejaba de la teoría para acercarse a la improvisación y a la diversión.

Aquí la dramaturgia es agrupada por el director en temas compartidos o en posiciones espaciales parecidas y dinámicas, donde los actores, tras haber realizado un entrenamiento corporal demandante, retoman la ficción para escenificar las breves propuestas narrativas, algunas muy exitosamente, aunque otras sin repercusión. Cada



Fotos: José Jorge Carreón

autor es introducido al espectador mediante música y canto en vivo; sin embargo, en este aspecto cojea el montaje, pues la cantante está situada metros arriba del público y varias presentaciones son ininteligibles.

140 de Richard Viqueira es original, atrevida, y persigue el noble fin de acercar la escena a la salvaje fiesta de las redes sociales, pero es indudable que este trabajo, a pesar de ser innovador y muy divertido, requiere un replanteamiento, una actualización... ¿Tal vez doscientos ochenta caracteres? 📌

Luis Javier Maciel Paniagua (Xalostoc, Estado de México, 1993). Egresado de la licenciatura en Comunicación y Periodismo de la Facultad de Estudios Superiores Aragón de la UNAM. Editor del blog cultural *Colectivo Reversa* en el periódico *El Universal*.

Los silencios que nos faltan

Melissa Mariana González Caamal

RESEÑA GANADORA DEL CONCURSO XV

Ángeles en América

Dirección: Martín Acosta

Teatro Juan Ruiz de Alarcón, Centro Cultural Universitario

Temporada del 13 de mayo al 30 de junio de 2018

Hay un componente que hilvana un contenido indefinible, demasiado laxo y escurridizo para camuflarlo y perpetuarlo. Movidos por su flujo lo cargamos sin poseerlo, es la maqueta que acota lo posible acompañando al vacío, al blanco, a la nada. Aunque nos fallen las dicotomías, este componente —el silencio— posee las bondades de hacer pasar crímenes de odio por asesinatos pasionales, identidades por desviaciones, preferencias sexuales por enfermedades y enfermedades por tabúes. Y, desde ahí, desde sus estruendosos frutos, es capaz de negar lo que afirma.

La primera parte de *Ángeles en América* —escrita por Tony Kushner y dirigida por Martín Acosta— nos habla desde los espacios donde decimos los secretos: el baño de una oficina, el parque en el que hacemos largas caminatas porque volver es insostenible, la cama de un hospital cuando nos sentimos a punto de morir o esos otros planos que explora la obra —entre lo onírico y las alucinaciones— como otros resquicios para dejar de callar.

Es 1985 en Estados Unidos, gobierna el presidente republicano Ronald Reagan y el sida no es considerado un tema de salud pública, sino de moral. Los personajes son complejos y se cristalizan entre un fuerte discurso político, el arraigo de las costumbres y las ideas religiosas, algunas bromas ácidas y el dolor. Roy Cohn, interpretado por Diego Jáuregui, es un abogado de derecha que soluciona su vida con llamadas telefónicas; con ello podría controlar hasta al presidente, pero no su diagnóstico. Se trata de un hombre mormón que le oculta su homosexualidad a su esposa, Harper, interpretada por Diana Sedano, una de las mejores actuaciones junto con la de Fabián Corres, quien interpreta a un personaje diagnosticado con sida que es abandonado por su pareja (Louis, interpretado por Nacho Tahhan). Un personaje que da otras dimensiones a la historia es el de una persona afroamericana, interpretación brillante de Mario Eduardo León, que coteja otras desigualdades presentes dentro de la comunidad.

La obra se escribió en los años noventa, lo cual implica que hay una visión del mundo desde la cual aproximarse a los años anteriores: las percepciones, la ciencia,

la información y los medios tecnológicos para acceder a aquélla son otros. Por eso, a pesar de que sea una obra tan necesaria en el México contemporáneo —en el que la extrema derecha se manifiesta de blanco contra el matrimonio homosexual, en el que dos candidatos a la presidencia firman acuerdos con ella y el ganador hace alianza con un partido ultraconservador, en el que se cometen crímenes de odio aún impunes, y en el que la discriminación por identidad y preferencias sexuales se normaliza en forma de bromas que aparentemente no cobran factura sino ante los “sensibles” y poco conocedores de la “cultura mexicana” en el mundial—, hay algo en *Ángeles de América* que se difumina en el fondo.

La imagen borrosa que nos cae del cielo es la silueta desnuda de Tanya Gómez surgiendo de entre los espectadores, un ángel como aparición de la enfermedad. Esta manifestación también está en Laura Almela, que interpreta a la madre de otro personaje, y en Diana Sedano, cuyo papel es el que cuenta con más problemas “propios”.

Los conflictos de las mujeres, asimismo, son silenciados o puestos en segundo plano. Su fuente es el contexto histórico en el que se basa la obra: pasa por la mirada de Kushner, pero también por la de Martín Acosta y su equipo. Si bien hay situaciones específicas de las que trata la puesta en escena —y que construyen su esencia—, también hay ópticas para abordarla.

Parecerá inofensivo, pero no sólo hay una invisibilización de las mujeres lesbianas en la historia, una accesorización de los personajes femeninos o una tendencia a incluir más personajes principales masculinos en sus obras; también existen repercusiones materiales en las actrices como trabajadoras y en su presencia dentro de la industria teatral.

Hay un cambio que ya se ha emprendido y que seguramente será paulatino, pero en una obra que aborda las desigualdades, otras no pueden quedar en el fondo; para reflexionar desde la mirada cotidiana, desde la creación y la industria, porque mientras luchamos contra lo que otros no ven, siempre estará “lo otro”, eso que todavía no somos capaces de mirar. Quedan silencios por romper. 📍



Foto: José Jorge Carreón

Melissa Mariana González Caamal (Estado de México, 1995). Estudiante de la licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la UNAM. Ha publicado en medios impresos y digitales. Realizó una estancia académica en el Instituto de Estudios Políticos de París.

P